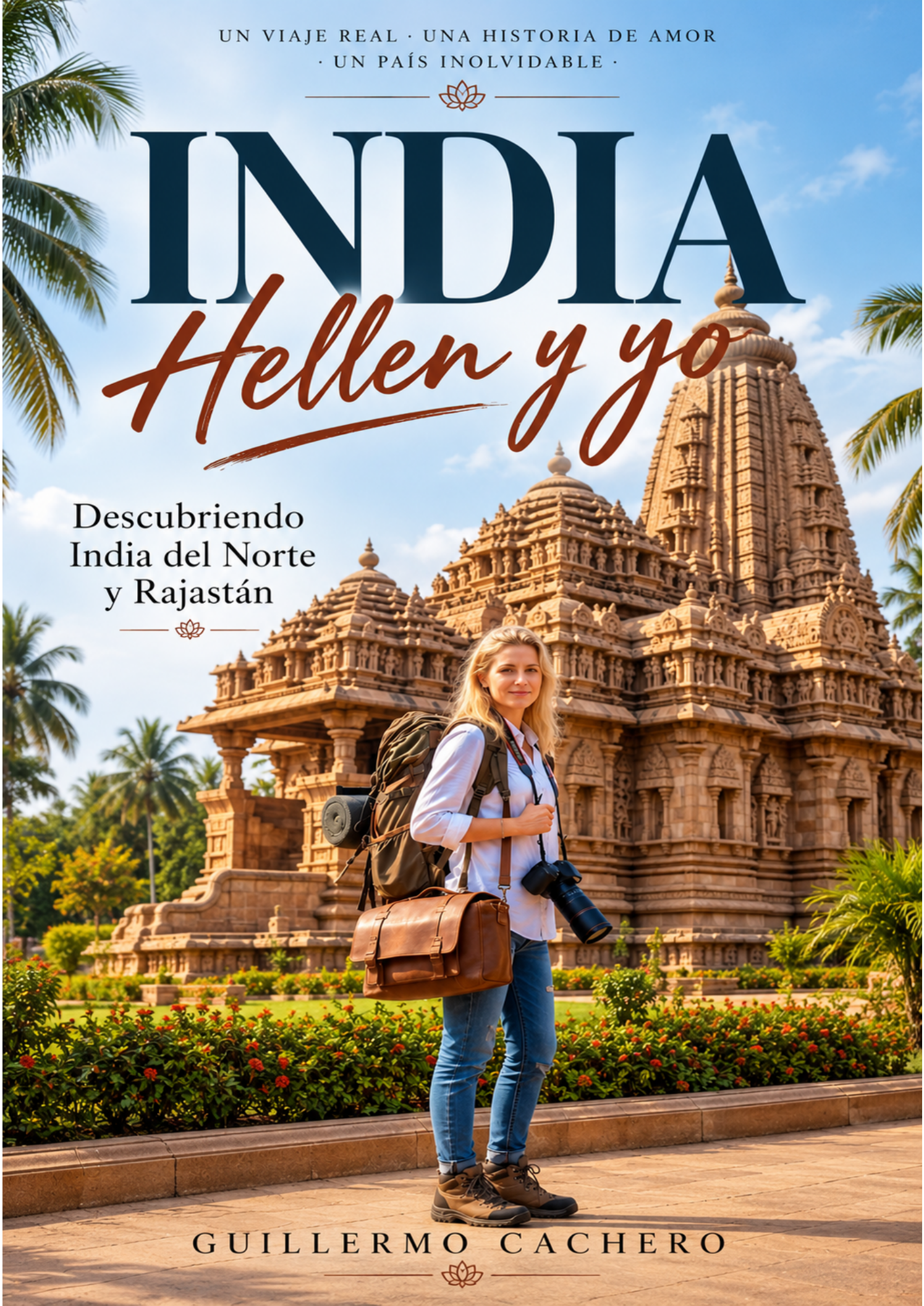
UN VIAJE REAL · UNA HISTORIA DE AMOR
· UN PAÍS INOLVIDABLE ·

INDIA

Hellen y yo

Descubriendo
India del Norte
y Rajastán



GUILLERMO CACHERO

INDIA HELLEN Y YO

Por Guillermo Cachero Martínez

Dedicatoria

A los buscadores de nuevos horizontes y a quienes encuentran en la cultura de otros pueblos su propio aprendizaje.

© GUILLERMO CACHERO MARTÍNEZ

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas informáticos o su transmisión por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

INDICE DE CONTENDIO

1- DELHI

2- AGRA

3-MADHYA PRADESH

4-VARANASI O BENARÉS

5-RAJASTÁN- JAIPUR

6- AJMER

7-PUSKHA

8- JAISALMER

9-JODHPUR

10-RANAKPUR

11-UDAIPUR

EPILOGO

Capítulo 1

DELHI

Regresé a Delhi después de varios años, atendiendo un nuevo encargo de distintas editoriales para actualizar información sobre el norte de la India y Rajastán, con la intención de descender después hacia Maharashtra, Karnataka, Kerala y Tamil Nadu.

Al cruzar las puertas del aeropuerto, el calor me envolvió como un recuerdo antiguo: denso, persistente, inconfundible. Eran las nueve de la mañana, pero en Delhi —como en cualquier ciudad india— la jornada llevaba horas en marcha. Los cláxones, ese sonido perpetuo que apenas concede tregua durante unas breves horas de la madrugada, componen la banda sonora de un país al que uno termina acostumbrándose sin saber exactamente cuándo.

Como periodista de viajes, mi tarea consistía en renovar la mirada, contrastar los cambios y observar aquello que el tiempo hubiera transformado. Creí que sería un regreso técnico, casi metódico. Un trabajo más.

Me equivocaba.

Aquel viaje sería muy distinto de los anteriores. Todo comenzó en una oficina de alquiler de vehículos con chófer, junto a la estación de autobuses. Mientras concretaba con la agencia los lugares que quería recorrer y el total de kilómetros previstos, el entorno se deshacía en una sinfonía de voces, motores y vendedores ambulantes que ofrecían desde té humeante hasta frutos secos envueltos en papel de periódico.

Fue en ese escenario donde mis planes se alteraron por completo. Una voz femenina, firme y serena, atravesó el ruido y se dirigió hacia mí:

—Excuse me… does this bus go to Jaipur?

Señalaba uno de los autobuses estacionados frente a nosotros.

Me giré.

La vi por primera vez.

Era una mujer de porte contenido, mochila al hombro, con esa determinación en la mirada que solo poseen quienes viajan solos y no están dispuestos a pedir permiso al mundo.

Mi inglés nunca fue brillante.

—Sorry… I don't know —respondí—. I'm arranging a car with a driver.

Sostuvo mi mirada apenas un segundo.

—Oh, sorry —dijo—. I thought you were looking at the buses.

Le señalé la oficina de venta de billetes donde podrían informarla mejor. Me agradeció con una sonrisa fugaz antes de alejarse, mientras yo continuaba negociando con la agencia de alquiler de vehículos. El encargado me explicaba el precio, las etapas del trayecto y la singular logística del viaje: no tendría un solo chófer durante todo el recorrido, sino que estos irían relevándose en diferentes ciudades. Todavía estaba revisando los detalles cuando, de repente, la inglesa regresó.

—No sale ningún autobús para Jaipur hasta dentro de dos días —me dijo, visiblemente contrariada.

—Puedes mirar en el aeropuerto —le sugerí—, creo que hay vuelos diarios a Jaipur.

—Ah, no lo sabía. Pero me has dicho que estabas alquilando un coche...

—Sí, esa es otra opción. Puedes preguntar en esa ventanilla y alquilar uno.

Ella me observó un instante y, con una naturalidad sorprendente, preguntó:

—¿Qué viaje pretendes hacer?

Le expliqué que mi plan era recorrer el país durante unos tres meses, casi de norte a sur, visitando estados que ya conocía y otros que quería redescubrir.

—¿En serio? Qué interesante —respondió—. Yo solo pretendía recorrer el Rajastán.

—Pues ve a la ventanilla. Alquilar un coche te puede resultar conveniente; viajar así es una opción económica y flexible. Puedes detenerte donde desees y tenerlo a tu disposición, no solo en el trayecto, sino incluso dentro de las ciudades. Podrás pararte donde quieras, fotografiar lo que te llame la atención, sin depender de horarios ni de conexiones inciertas como la que acaba de frustrarte.

—Interesante… —murmuró ella—. ¿Pero tengo un problema? —¿Qué problema? —le pregunté. —Que no conozco nada del Rajastán. Sé que hay que ir a Jaipur, pero no sabría decirle al chófer qué ver o dónde detenerme. —Bueno —le dije—, hay conductores que te pueden servir de guía. Se quedó pensativa y soltó: —¿Y si compartimos tu coche? —Es que yo no iré al Rajastán hasta dentro de diez días. Antes visitaré otras poblaciones. —Para mí no sería un problema, tengo todo un mes —respondió ella con seguridad.

La miré con recelo. Viajar con un extraño en un coche durante horas es una prueba de fuego. La examiné de arriba abajo; ella me sostenía la mirada, esperando. —Mira —fui directo—, soy muy reacio a viajar con alguien a quien no conozco.

—Bueno… ¿me puedes dejar en Jaipur? —preguntó.

O sea, la misma opción que te digo si lo alquilas tú sola, ya me has dicho que no conoces nada y que no sabrías qué decirle al conductor.

Bien, me dice, veo que no estás muy interesado en que viajemos juntos. Perdona si te estoy molestando.

Lo siento, ya te he dicho que soy muy reacio a viajar con quien no conozco y, aun conociendo, según con quién también lo soy.

Dio media vuelta y se marchó para tratar de alquilar un vehículo ella sola.

La estuve observando y cuando parecía que ya lo tenía concretado, vi que salió enfadada.

¿Qué te ha ocurrido? Le pregunté. Me dicen que no aceptan alquilar el vehículo a una mujer sola ya que viaja con un conductor y que no quieren tener problemas.

Entonces le dije, es la primera vez que viajas sola? Sí, me dice. ¿Y lo haces en India? Me miró con cara sonrojada. No entiendo cómo te atreves a hacer un viaje así sola y sin conocer nada. Es una larga historia, me contestó.

Bien, mira, haremos una cosa, compartamos el vehículo pero con una condición, tú dirás, me dice.

—Son cincuenta euros al día —le expliqué—. Serían veinticinco para cada uno, solo por el vehículo. Los hoteles y la comida, cada cual los gestiona como prefiera. No tenemos por qué elegir el mismo hotel, porque cada cual tiene su presupuesto.

—Estupendo. Me apunto —respondió sin dudar.

Y como ya te he dicho, primero iré a otras ciudades antes de llegar a Jaipur. Bien dijo, así conoceré más de lo que pretendía conocer de este país, y no viajo sola.

—Me seduce la idea —dijo, con un entusiasmo que me tomó por sorpresa.

Entonces añadí, casi como advertencia:

—Soy fotoperiodista. Suelo parar mucho para hacer fotos.

Ella sonrió con complicidad.

—Soy periodista —respondió—. Sé bien lo que es trabajar con reportajes fotográficos. Ya te dije: me seduce la idea.

Llegó el momento de cerrar el acuerdo con la agencia: el plan era pagar por adelantado los diez primeros días, es decir, quinientos euros en total, y luego ir renovando el alquiler cada vez que se consumieran esos diez días.

—Bien —le dije—, si estás de acuerdo, ahora hay que pagar por adelantado doscientos cincuenta euros cada uno.

Su rostro reflejó sorpresa.

—Es que no llevo tanto dinero encima… ¿se puede pagar con tarjeta? —preguntó, con una mezcla de desconcierto y timidez.

—No —respondió la agencia—. Solo cash.

Ella respiró hondo, un instante de incertidumbre.

—Puedo ir a sacar en algún cajero y vuelvo —dijo, casi en un susurro.

La miré y, sin pensarlo demasiado, le ofrecí:

—Bien, lo pago yo ahora y luego me lo devuelves. ¿Dónde te hospedas?

—En ningún sitio —respondió—. Hoy pretendía partir hacia Jaipur.

Sonreí ante su sinceridad y su determinación; algo me decía que aquel viaje, aunque improvisado, sería todo menos predecible.

—¿Y tú dónde te hospedas? —me preguntó.

—En un hotel —respondí—, no demasiado caro y no en una zona muy céntrica. Pero eso no importa, contestó ella, lo entiendo perfectamente. Además, con tantos días de viaje como pretendes, comprendo que quieras regularizar tus gastos.

—¿Sabes si hay habitación para mí en ese hotel? —preguntó con cierta cautela.

—No lo sé —contesté—, iremos y lo preguntas directamente. El precio está muy bien: treinta euros por habitación, decente y limpia, con sábanas de algodón que cambian regularmente y una ducha en la propia habitación.

El lugar no es muy céntrico, pero tampoco está demasiado alejado. Y a partir de mañana, cuando tengamos el coche que nos recogerá para recorrer la ciudad, la ubicación no será un problema. Además, cerca hay restaurantes e incluso un McDonald's, así que no está mal ubicado.

Ella sonrió, aliviada: —Estupendo, entonces iré a sacar dinero para pagarte el coche.

—Otra cosa —añadió ella con curiosidad—, ¿en el hotel se puede pagar con tarjeta? —En los hoteles de este nivel, sí —respondí, sabiendo que en los alojamientos más humildes el efectivo sigue siendo el rey.

Llegamos al hotel y, por fortuna, tenían habitaciones disponibles. No tuvo que buscar un cajero en medio del caos nocturno: el encargado, con la eficiencia típica de quien quiere cerrar un trato, le dio el efectivo tras cargar los 250 euros directamente a su tarjeta. La transacción fue rápida, un intercambio de recibos y el sonido del datáfono. Tras dejar su mochila y refrescarse, bajó de nuevo a la recepción.

—¿Te apetece comer algo? —le pregunté, señalando la salida hacia el bullicio de la calle.

Ella asintió con entusiasmo. Salimos caminando hacia un restaurante cercano que parecía limpio y tranquilo, un pequeño oasis entre el bullicio de Delhi. Mientras avanzábamos, se notaba que se sentía cómoda a mi lado, aunque con esa curiosidad de quien explora un lugar desconocido y no sabe qué esperar del acompañante.

Nos sentamos frente a un menú con fotos y nombres que apenas entendía. Intenté explicarle algunos platos en inglés, pero se dio cuenta enseguida de que mi dominio del idioma era limitado. Entonces, con una sonrisa divertida, me preguntó:

—¿Hablas español?

La miré sorprendido. —Sí —contesté—, ¿lo hablas tú también?

—Sí —dijo—, pasé unos años en España y aprendí el idioma. Me encanta poder usarlo, aunque no esperaba encontrarme con alguien que lo hablara en India.

Sonreí, sintiendo un alivio inmediato. Esa revelación disipó la distancia y la rigidez de mi inglés de supervivencia. Mientras dábamos cuenta de un Pollo Tandoori de color rojo vibrante y un Arroz Biryani que perfumaba toda la mesa, la conversación empezó a fluir. Me contó que era periodista, especializada en moda y cultura. Su fascinación por la India nació un año atrás, tras escuchar los relatos de una amiga sobre el Rajastán.

—¿Y con esa información de tu amiga te lanzaste a este viaje en solitario? —pregunté, sin dejar de observarla.

—Bueno, hay algo más detrás de esa decisión, pero prefiero no entrar en detalles... todavía —respondió con una sonrisa que intentaba ser ligera—. Pero dime tú, ¿por qué prefieres viajar solo? ¿Por qué esa resistencia a compartir el camino?

Por ejemplo, me gusta visitar templos o mercados, pero no a todo el mundo le interesa perderse en ellos durante horas. A veces, obtener una fotografía no es solo apretar un botón: es aguardar. Esperar a que la luz cambie, a que la multitud se abra o a que el momento sea, sencillamente, el adecuado. En otras ocasiones, el encuadre no funciona y requiere otra oportunidad. Quien te acompaña suele perder la paciencia; yo, en cambio, estoy trabajando.

Y aun así —añadí—, incluso con compañeros de profesión, los puntos de vista rara vez coinciden. Al final, es una cuestión de carácter. Todo esto me lleva a una conclusión clara: la única forma en que realmente aprehendo un país es cuando lo recorro en solitario.

—Mira —le dije, dejando los cubiertos a un lado—, cuando viajas para fotografiar, tu único dueño debe ser la luz. Si viajo con alguien, me siento en la obligación de conversar, de comer cuando el otro tiene hambre o de seguir la marcha cuando yo preferiría quedarme tres horas sentado en una esquina, esperando a que un rayo de sol ilumine un edificio o una sombra concreta. Viajar solo no es por soledad; es por libertad creativa. En mi trabajo, la compañía suele ser una distracción.

Ella asintió, pareciendo comprender la disciplina que hay detrás de una cámara.

—Te entiendo —respondió ella—, pero a veces, la mirada de otro te ayuda a ver lo que tú, por exceso de profesionalismo, acabas pasando por alto.

¿Y hace mucho que ejerces esta profesión? ¿Y siempre ha sido como periodista de viaje?

Sí, también es una historia larga de explicar que ya te detallaré en algún momento. Pero sí te diré que todo comenzó siendo muy joven en este país.

Vaya, ahora me dejarás así? Sí, ya ves, tenemos todo un mes. Reí.

¿Qué edad tienes? ¿O es demasiado preguntar? No le dije, tengo cuarenta y tres años.

Se sorprendió al saber mi edad. —Nunca lo habría imaginado —dijo—. Pensé que eras un poco más joven.

A continuación mencionó que había viajado bastante por África y algunas veces por Sudamérica. Pero por placer, no como periodista.

No me atreví a preguntarle su edad, pero no fue necesario: ella misma la mencionó con una sonrisa tranquila.

—Tengo treinta y nueve años —dijo ella—, y confío en que este primer viaje a la India me despierte una emoción similar a la que vivió mi amiga.

—Por lo que me has contado —respondí, mientras el murmullo del restaurante se filtraba en nuestra mesa—, ella se limitó a recorrer el Rajastán más turístico. Tú vas a ver mucho más que eso; te adentrarás en el norte y en ciudades que no suelen figurar en los folletos de agencias. Es otra India.

—Por eso mismo estoy encantada de que me hayas aceptado en tu ruta —replicó ella—. Gracias a esto podré explorar mucho más que un único territorio, y hacerlo acompañada de un experto.

—Experto, no —maticé—. Si acaso, cuento con una sola ventaja frente a ti: ya he estado aquí antes.

—Este es mi cuarto viaje a la India —le expliqué— y conozco bien los lugares que vamos a visitar. Para mí, este recorrido es una forma de contrastar cómo han evolucionado con el paso de los años, desde aquel primer viaje hasta hoy.

Me observó con una curiosidad sincera.

—Pero... ¿solo has viajado a la India? —preguntó, con cierta duda.

—No —la corregí—. He recorrido casi toda Asia, parte de África, Centroamérica, Sudamérica y Norteamérica; además de Europa, gran parte de España, Oriente Medio y algunos destinos más.

—¡Dios! —exclamó, visiblemente sorprendida—. Entonces sí que eres un auténtico periodista de viajes.

Sentí un leve rubor ante su entusiasmo, acompañado de un orgullo sereno. Aquel instante, entre especias, risas y el bullicio de Delhi, marcaba el inicio de algo distinto: no solo un viaje por el país, sino la oportunidad de compartir historias, recuerdos y descubrimientos. En el fondo, confiaba en no tener que lamentar haber abierto el viaje a esa complicidad.

Terminamos de cenar entre comentarios ligeros y alguna risa contenida. De regreso al hotel, caminamos con paso tranquilo, sin promesas ni conclusiones apresuradas. Acordamos vernos al día siguiente a las nueve de la mañana, justo después del desayuno; a esa hora nos recogería el chófer que nos acompañaría en la primera etapa de la aventura.

El despertador sonó con una puntualidad casi irritante, pero la emoción de salir a la calle y recorrer Delhi disipó el sueño de inmediato. Al bajar al comedor, descubrí que ella ya estaba allí. Me saludó con un gesto y me invitó a compartir su mesa.

—Buenos días —dije al sentarme—. Veo que eres puntual para nuestra cita con la ciudad.

—Sí —respondió ella con una sonrisa—, tengo muchas ganas de conocerla.

Entre el aroma del café y del pan recién horneado, le desgrané el recorrido del día: los templos, los mercados y esos recovecos que no aparecen en los mapas, pero que son imprescindibles.

Al salir, Delhi nos recibió con su característica intensidad: un mar de claxon, motos que zigzagueaban entre coches y ciclistas, y vendedores ambulantes que ofrecían desde frutas frescas hasta figurillas de incienso y barro. Cada calle, cada esquina, vibra con una energía que hace sentir perdido y fascinado a la vez.

Nuestro primer destino fue la Gran Mezquita de Delhi. A medida que nos acercábamos, el bullicio de la ciudad parecía amainar, como si un velo de solemnidad envolviera el entorno. La estructura majestuosa se alzaba ante nosotros, imponente y silenciosa, testigo eterno de la historia y de la fe de quienes profesan esa religión. Al contemplar la perspectiva de cruzar su patio, sentí la misma emoción que me invadió años atrás.

Con paso firme pero cauteloso, nos aproximamos a la entrada. Mientras avanzábamos, percibí la mirada curiosa de mi compañera, que absorbía cada detalle con una atención magnética. Me di cuenta entonces de que este viaje no sería solo un recorrido físico por la geografía india; sería también un viaje de descubrimiento para ella, un espacio de diálogo y, quizá, de esos pequeños choques de carácter que suelen hacer más intensa la experiencia compartida.

Allí, frente a la mezquita, la India comenzó a desplegarse ante nosotros en toda su magnitud: belleza, historia, espiritualidad y vida cotidiana entrelazadas en un instante que ya prometía ser inolvidable.

Le expliqué que aquella imponente estructura era la Jama Masjid, la Gran Mezquita del Viernes, erigida en 1644 por orden de Shah Jahan, el mismo emperador que levantó el Taj Mahal. Sus cúpulas, le señalé, parecían elevarse con ese mismo anhelo de perfección que define al gran mausoleo de Agra.

—Mira —le dije mientras subíamos la escalinata que conduce al patio principal—, todo aquí es legado de la dinastía mogol. En tiempos de Aurangzeb, hacia finales del siglo XVII, este entorno era un mercado vibrante donde se negociaba con caballos y actuaban los malabaristas.

Ella mostró su asombro:

—Me cuesta imaginar ese bullicio, con animales y artistas en medio de tanta solemnidad.

Asentí con una sonrisa, pero pronto añadí un detalle que la dejó desconcertada:

—En mi primera visita, el panorama era muy distinto y todavía más impactante. No había caballos ni malabaristas, sino hileras de tiendas de campaña improvisadas que servían de hogar a decenas de familias. La vida más cruda se desarrollaba justo a los pies de la gran mezquita.

Ella se detuvo y me miró con curiosidad:

—¿Y cuándo fue esa primera visita? —preguntó.

—En 1997 —respondí.

Ella dejó escapar una exclamación de incredulidad:

—¡No puedo creerlo! ¿Eso ocurría todavía a finales del siglo XX?

—Sí —le contesté—. Por fortuna, aquello ha cambiado. Ahora no existen aquellas tiendas y, aunque todavía quedan zonas sin asfaltar y niños que piden limosna, nada es comparable a lo que viví entonces.

Le advertí que, por respeto, era fundamental cubrirnos adecuadamente, descalzarnos y caminar con discreción entre los fieles que oraban; algunos en un silencio absoluto y otros murmurando plegarias que se fundían con el viento y el eco lejano del tráfico de Delhi.

Entramos en la mezquita descalzos, sintiendo el frío del suelo bajo nuestros pies. El interior se revelaba como un remanso de paz frente al bullicio exterior: una armonía de minaretes y cúpulas envuelta en un silencio reverente que parecía absorber cualquier ruido del mundo.

Ella giró la cabeza y me miró con fijeza.

—Debe de ser difícil... —murmuró— reconciliar esta espiritualidad con la miseria que se queda ahí fuera.

—Lo es —respondí—. Pero también enseña resiliencia. Los fieles se concentran en su oración y, aun en medio de la pobreza, conservan una dignidad intacta. Aquí aprendes a mirar más allá de la superficie, a percibir la fuerza de la tradición y la fe que sostiene a tanta gente.

Caminamos por el gigantesco patio de veintiocho metros cuadrados, capaz de albergar a más de veinte mil personas. Mientras le explicaba la estructura, le señalé la pila de abluciones y la plataforma donde antaño un segundo lector repetía las palabras del imán para que todos pudieran escucharlas. Hoy, los altavoces han sustituido aquella voz humana.

—Se considera una de las mezquitas más sagradas del islam —añadí—. Dicen que custodia reliquias atribuidas al profeta Mahoma: un cabello, una sandalia y la huella de su pie.

Ella me observaba con una mezcla de admiración y cierta incredulidad.

Una vez en el exterior. Caminamos unos metros y ella me comentó. Por cierto, tu inglés es… bastante bueno, considerando que me dijiste que no lo dominas demasiado.

—Te lo agradezco —le respondí—. Así contigo podré practicar; mi inglés lo he aprendido viajando, no en una escuela. Todo es fruto de la experiencia.

—Lo que sí me sorprende, le comenté, es que tú hables español. Eso me ayuda a soltarme a hablar en inglés porque sé que allí donde no llegue, si te hablo en español, lo entiendes.

Ambos sonreímos.

—Y parece —me dijo con una sonrisa entre incrédula y curiosa— que tu primer viaje te marcó de manera irreversible.

—Así es —le confesé—. Cada paso que doy ahora trato de trasmitirte lo que viví entonces para que veas la diferencia y la evolución de este país. Y al recorrerlo contigo, es como sacar al exterior lo que llevo guardado desde entonces.

Yo comprendí que para mí ese recorrido era mucho más que turismo: era un encuentro entre recuerdos e historia. Y en ella veía que estaba descubriendo un país, una forma de vida distinta y me veía reflejado en su mente y pensaba que podía estar sintiendo lo mismo que yo cuando lo visité por primera vez.

Al acercarnos al coche, vimos a un grupo de niños que aguardaba nuestra llegada para pedir limosna o intentar vendernos algún *souvenir*.

—¡Vaya! ¿Cuántos niños, no? —comentó ella, sorprendida.

Le expliqué que nos estaban esperando y, de inmediato, hizo amago de buscar alguna moneda en su bolso.

—¿Tienes para todos? —le pregunté con suavidad.

Me miró con incredulidad.

—Si le das a uno, tendrás que darles a los demás —le advertí—. Por mucha intención que tengas, no puedes ayudar a uno y dejar fuera a los otros; si lo haces, todos se abalanzarán sobre ti. Cuando quieras dar algo, procura que el niño esté solo o que sean muy pocos, para que puedas llegar a todos.

—¿Y ahora qué debemos hacer? —preguntó, desconcertada.

—Nada. Escúchalos mientras intentan venderte algo y entra en el coche. Es la mejor manera.

—Ya irás comprobando que esa imagen de niños pidiendo limosna se repite en todos los lugares turísticos. Aunque la India ha cambiado, la mendicidad se ha transformado en una forma de subsistencia vinculada al turismo. Alrededor de templos, plazas o autocares, verás auténticas redes: unos venden recuerdos, otros se ofrecen como guías improvisados y muchos simplemente extienden la mano. A veces cuesta distinguir si lo hacen por hambre o porque se ha convertido en su modo de vida.

Suspiré levemente, no por resignación, sino por esa mezcla de nostalgia y lucidez que solo un país como este sabe despertar.

—El turismo —le dije—, que tanto ha impulsado la economía, también proyecta sus sombras. La India ha cambiado muchísimo desde mi primera visita, para bien y para mal. ¿Sabes? Antes, incluso en medio de la pobreza más extrema, si se te caía una rupia —no hablemos ya de una cartera—, siempre aparecía alguien que la recogía y te la devolvía al grito de «*mister, mister*», con una sonrisa tímida. Hoy eso no siempre ocurre. La necesidad y, en ocasiones, la codicia, han moldeado otra realidad. No faltan los engaños o las situaciones incómodas que nacen, unas veces, de la desesperación y otras del puro oportunismo.

Ella escuchaba en silencio, absorbiendo cada palabra.

—La India no es un país pobre —proseguí—; nunca lo ha sido. Su gran tragedia reside en ciertos aspectos de su tradición y en una estructura social profundamente desigual, donde buena parte de las clases acomodadas mira al pobre con desdén, como si su miseria fuese la consecuencia natural de haber nacido en una casta inferior.

—¿Y cómo funciona exactamente eso de las castas? —preguntó, genuinamente interesada.

—Te lo explicaré más adelante —respondí—. Es un mundo complejo, una herencia difícil de desarraigar.

Hizo un gesto afirmativo mientras observaba el ir y venir de la gente en las cercanías de la mezquita.

—En realidad —continué—, aún no puede hablarse de una auténtica clase media, aunque empiece a tomar forma. El país sigue fracturado entre la opulencia y la miseria más cruda. Resulta difícil de digerir: una nación capaz de fabricar bombas atómicas y enviar satélites al espacio, pero incapaz de resolver cuestiones tan básicas como el alcantarillado o el asfaltado de sus calles.

Ella me interrumpió, señalando el entorno.

—Pero aquí sí hay alcantarillas, y las calles están asfaltadas.

—Claro —respondí—. Estamos en la capital, y en una zona relativamente favorecida. Pero ya verás que, en buena parte de esta misma ciudad, el asfalto brilla por su ausencia y las aguas grises corren libres por las esquinas. No puedes imaginar lo que significa caminar por allí cuando llueve. Verás edificios donde los cables eléctricos cuelgan en racimos caóticos; un amasijo peligroso que amenaza con incendios improvisados en cualquier momento.

Ella abrió los ojos con sorpresa.

—Y lo que llaman autopistas —añadí— son, en realidad, carreteras de largo recorrido, muchas de ellas de peaje. El cobro se realiza en pequeñas garitas donde la barrera se eleva con una cuerda, como en un escenario detenido en el tiempo. La mayoría de esas vías están tan deterioradas que los baches parecen trampas abiertas: quien no conduce con prudencia corre el riesgo de quedar varado en medio del asfalto roto.

Me miró sin decir palabra, como si en pocos minutos la India hubiese comenzado a revelarse ante ella con todas sus contradicciones: deslumbrante y dura, sagrada y caótica, honesta y desconcertante a la vez.

Al llegar al coche que nos esperaba para continuar hacia el Fuerte Rojo y Chandni Chowk, ella vio cómo el grupo de niños y vendedores ambulantes se había aproximado al vehículo, pero nuestro chófer, con la discreción de quien conoce bien los ritmos de la ciudad, los apartó con

gestos suaves y un par de palabras firmes en hindi. No hubo tensión; solo una rutina diaria que Delhi ejecuta como un reflejo.

—Por cierto —le dije mientras subíamos al coche—, llevo un día y medio hablando contigo, te has incorporado a mi viaje casi sin darme cuenta y aún no me has dicho tu nombre… ni yo el mío.

Ella se volvió hacia mí, primero sorprendida y después divertida.

—Tienes toda la razón —respondió entre risas—, pero es que tengo la sensación de que te conozco de toda la vida.

—Me llamo Marc —dije, ofreciéndole la mano con una sonrisa tan natural como sincera.

Ella la estrechó como si sellara un pacto no escrito.

—Y yo soy Hellen.

En ese momento, ambos reímos, quizá por lo absurdo de haber compartido tantas confidencias sin haber cruzado antes lo más elemental. El chófer, que nos observaba a través del retrovisor, esbozó una sonrisa cómplice, como si hubiera captado el sentido de nuestra conversación a pesar de no entender las palabras.

Cerramos las puertas y el coche arrancó con suavidad. Afuera, el bullicio de Delhi continuaba vibrando: bocinas, vendedores, rezos lejanos y motos zigzagueando entre la multitud. Dentro, en cambio, se creó una pequeña burbuja de calma, como si ese intercambio de nombres hubiese marcado el inicio verdadero.

El viaje proseguía, pero algo había cambiado. Ya no éramos dos extraños compartiendo un itinerario; éramos Marc y Hellen, dos vidas que —por capricho del destino o de la geografía— habían convergido en la India, dispuestas a descubrir no solo un país, sino también la historia que comenzaba a tejerse entre ambos.

El Fuerte Rojo era, sin duda, una visita imprescindible, pero antes quise llevar a Hellen a un lugar que suele pasar inadvertido para muchos viajeros: el templo jainista Sri Digambar Jain Mandir Lal, que se alza justo enfrente, vigilando el ir y venir de la gran avenida como un guardián antiguo.

—Este templo pertenece a una fe distinta a la hinduista —le expliqué mientras nos acercábamos.

Hellen me miró con gesto decidido.

—Es budista, ¿no?

Negué con una sonrisa tranquila.

—No, es jainista —respondí—. Una de las religiones más antiguas de la India.

A su lado, sentí cómo despertaba en ella una curiosidad nueva, casi infantil; la misma que yo experimenté en mis primeros viajes. Este santuario comenzó como una pequeña estructura erigida por la comunidad jainista, de la que incluso formaban parte oficiales del ejército mogol. Se consolidó durante el reinado de Aurangzeb en 1657, aunque su fisonomía actual data de 1878, tras la caída del imperio. Su arenisca roja domina el paisaje, imponiéndose sobre el bullicio de la calle como si cada piedra estuviera impregnada de siglos de historia.

Al cruzar el umbral, el estrépito exterior pareció desvanecerse. El interior nos envolvió con su belleza minuciosa: relieves tallados que narraban devociones milenarias, pinturas delicadas que suspendían el ánimo y detalles en oro que brillaban bajo la luz tenue de las lámparas. Aquel lugar era una isla de serenidad protegida del caos vibrante de Delhi.

—En realidad —continué—, este templo es un conjunto de santuarios. El principal está dedicado a uno de los *Tirthankaras*, seres iluminados que alcanzaron la elevación del espíritu y sirven de guía para quienes buscan la perfección.

Hellen escuchaba con una atención creciente, sin perder detalle.

—Los jainistas no creen en un dios personal —añadí—. Creen en una energía eterna que fluye a través de toda la materia. Por eso su fe se basa en la ahimsa: el respeto absoluto y la no violencia hacia cualquier forma de vida.

Avanzamos por los pasillos silenciosos hasta llegar al pequeño hospital para aves que se encuentra dentro del complejo. Allí, varios voluntarios atendían a pájaros heridos o enfermos: cuervos, palomas, minás, loros urbanos e incluso algunas aves exóticas que habían sufrido accidentes de tráfico o el rigor de las tormentas.

Hellen observó la escena con una mezcla de sorpresa y ternura. En aquella sala sencilla, donde el aleteo de las aves parecía más fuerte que el estruendo de la ciudad, comprendió la esencia de esa filosofía: toda vida, por pequeña que sea, merece ser cuidada.

—Es hermoso —murmuró.

Tenía razón. En ese pequeño santuario se resumía la grandeza del jainismo: armonía, compasión y una reverencia profunda hacia todos los seres, sin distinciones ni jerarquías.

Poco después, atravesamos la gran avenida que separa el templo del Fuerte Rojo. A Hellen le cautivó de inmediato la vasta muralla que se alzaba ante nosotros.

—¿Es un fuerte militar? —preguntó, recorriendo con la mirada la imponente fachada de piedra.

—Lo fue —respondí—. Pero espera a ver su interior; te va a sorprender.

—No me extraña —añadió ella con una sonrisa—. Cada vez me sorprende más todo lo que veo. Me siento realmente afortunada de haberte conocido, Marc. Primero, porque esta no era la parte del país que yo tenía pensado visitar. Y segundo, porque si me hubiese decidido a venir, habría tenido que buscar muchísima información para saber si el lugar merecía la pena. En cambio, tú ya me lo das todo hecho y me lo explicas con una dedicación increíble.

Reí suavemente, quitándole importancia al cumplido.

—No me hagas sentir tan importante. Un guía oficial lo explicaría mucho mejor; ellos son los verdaderos expertos que han estudiado cada detalle de esta historia. Yo solo hablo desde lo que he aprendido en mis viajes y la información que he ido recopilando. Con eso, al menos, conozco lo esencial.

—Será lo esencial —insistió Hellen—, pero la realidad es que me estoy aprovechando de todo tu conocimiento. Siento que estoy descubriendo este país de una forma que no habría logrado sola.

—Bueno, para eso están las agencias y los guías de viaje —le respondí.

—Ya, pero es que no me gusta viajar de esa forma —replicó ella

Mientras caminábamos hacia la puerta principal, le expliqué:

—Este fuerte se empezó a construir en 1638, cuando Shah Jahan trasladó la capital mogola de Agra a Delhi y fundó Shahjahanabad, la séptima ciudad de Delhi.

—¿La séptima ciudad de Delhi? —repitió Hellen extrañada.

—No te preocupes —le contesté—, te lo explicaré más adelante.

Las obras concluyeron nueve años después y, durante más de dos siglos, hasta 1857, fue la sede del poder imperial. Su nombre, el Fuerte Rojo, hace referencia a esas murallas de arenisca tan características de Agra y de los grandes mausoleos mogoles.

Accedimos por la Lahore Gate, una de las puertas originales que aún se mantienen en pie. En la entrada, pagamos las 600 rupias correspondientes a la visita para extranjeros.

—Durante años, este fuerte ha sufrido cierres intermitentes por restauración —le comenté—. En mi viaje de 2001, por ejemplo, lo encontré clausurado y me quedé sin verlo.

Nada más cruzar el umbral, un largo pasillo nos condujo al Chatta Chowk, el antiguo bazar cubierto que Shah Jahan mandó levantar siguiendo el modelo de los mercados persas, como el de Isfahán. En sus tiempos de gloria, fue célebre por sus alfombras, sus pashminas y sus trajes de brocado.

Hellen se detuvo, sorprendida.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo riendo—. Un mercado dentro de un fuerte... Yo imaginaba que veríamos cuarteles o armerías, algo más militar.

—Pues prepárate —le respondí—, esto es solo el principio. Aquí se vendían tejidos de una calidad incomparable. Ya no queda mucho de aquello, pero aún sobreviven algunas tiendas.

Hoy, en efecto, la mayoría de los puestos se han transformado en modestos escaparates de recuerdos, como si la historia hubiera aceptado convertirse en mercancía para los viajeros. Aun así, Hellen se detuvo en varias tiendas, examinó telas, hizo preguntas y finalmente compró una pashmina.

Tras aquel primer asombro, continuamos hacia el final del bazar, donde se alza el Naubat Khana (o Naqqar Khana), el pabellón de música; un edificio abierto donde antaño resonaban los tambores que anunciaban la llegada del emperador. Más allá se extendía un patio adornado con jardines de simetría mogol que conducía hasta el Diwan-i-Aam, la sala de audiencias públicas.

Hellen se detuvo, maravillada. El interior era un espectáculo de elegancia palaciega.

—Esto que ves —le dije, observando cómo sus ojos intentaban abarcar la inmensidad de la sala— es solo una pequeña muestra de lo que guarda este lugar. Lo que nos espera más adelante, en los aposentos de mármol blanco, te hará olvidar que estamos en medio del caos de Delhi.

Frente a nosotros, el Naqqar Khana se erguía sobre sus columnas de arenisca roja. Las estructuras y el estrado imperial conservan una dignidad que desafía los siglos; tras los paneles de vidrio protector, aún puede apreciarse el delicado trabajo en mármol de Rajastán, el mismo que embellece el Taj Mahal.

Fuimos visitando, uno tras otro, los palacios y edificios que completan el interior del fuerte. Hellen, cada vez más sorprendida, escuchaba mis explicaciones mientras caminaba a mi lado, observándolo todo con esa mezcla de curiosidad y asombro que me había mostrado desde el inicio del viaje. No dejaba ni un solo detalle sin fotografiar.

—¿Y este edificio tan grande? —preguntó, deteniéndose frente a una sala abierta sostenida por hileras de columnas.

—Es el Diwan-i-Aam, la sala donde el emperador recibía al pueblo —le expliqué—. Mira los arcos: son nueve, todos perfectamente simétricos. Al fondo, donde ves ese estrado protegido por cristal, se colocaba el trono imperial. Estaba tallado en mármol blanco e incrustado con piedras semipreciosas.

Hellen avanzó unos pasos, recorriendo con la mirada los relieves de la pared posterior.

—Impresiona… En su época debió de ser un espectáculo presenciar una de sus recepciones. ¡Qué belleza!

—Lo era —respondí—. Aquí se resolvían disputas, se recibían embajadas y el emperador se erigía como garante del orden. Bajo su trono se sentaba el primer ministro; todo seguía una jerarquía muy estricta.

Salimos de la sala y nos dirigimos hacia un pequeño recinto blanco que parecía irradiar una luz propia.

—¿Y esa mezquita? —preguntó antes de que pudiera abrir la boca.

—La Moti Masjid, la Mezquita de la Perla —le respondí—. Aunque el fuerte es obra de Shah Jahan, esta pequeña joya la añadió después su hijo, Aurangzeb, para su uso privado. Shah Jahan prefería la de Agra, pero esta tiene algo especial. Fíjate: el mármol es tan translúcido que, al amanecer, las cúpulas parecen llenarse de luz, como si fueran perlas auténticas.

Hellen recorrió con la mirada la delicada superficie del mármol.

—Es exquisita… No imaginaba que el Fuerte Rojo albergara palacios y hasta una mezquita.

—Es que esto, más que un simple fuerte militar, Hellen —respondí sonriendo—, es una ciudad palaciega protegida por estas enormes murallas rojas.

—Tienes toda la razón, Marc. Me he llevado una sorpresa increíble.

Continuamos hasta otro pabellón, este íntegramente de mármol.

—Este es el Diwan-i-Khas, la sala de audiencias privadas —le dije—. Aquí se custodiaba el famoso Trono del Pavo Real. Fíjate en esa inscripción en persa que recorre los arcos; dice: *«Si hay un paraíso en la tierra, es este, es este, es este»*.

—¿Y cómo era ese trono? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Estaba cuajado de rubíes, zafiros y esmeraldas —le expliqué—. Era la máxima expresión del poder mogol. Lo saqueó Nadir Shah en 1739 y se lo llevó a Persia. Dicen que incluso el techo de plata original fue fundido para pagar a las tropas. Lo que ves ahora es el esqueleto de un paraíso.

—Vaya con Nadir Shah… —susurró ella, pasando la mano, casi sin rozarlo, por el mármol frío—. Es increíble que, incluso vacío, este lugar te haga sentir pequeña.

A escasos pasos del pabellón, le señalé unas salas de mármol que parecían guardar un silencio aún más denso.

—Aquellos son los Hammams, los baños reales —le dije—. Tres estancias divididas para el descanso y el aseo, con suelos de mosaico y un sistema de calefacción que permitía tener agua

caliente y fría en pleno siglo XVII. Usaban estufas de leña bajo el suelo para calentar el ambiente.

Hellen se asomó con curiosidad, observando la delicadeza de los desagües tallados en la piedra.

—Es fascinante —comentó—. No solo buscaban la belleza, sino también el confort más absoluto.

—Buscaban la perfección en todo —respondí—. Cerca de aquí está también el Mumtaz Mahal, que hoy alberga un pequeño museo con armas y caligrafía de la época, pero creo que la verdadera esencia de este lugar ya la has sentido en estos muros.

Hellen asintió, satisfecha, mientras comenzábamos a alejarnos de los palacios para buscar de nuevo la salida.

Desde allí alcanzamos el Rang Mahal, donde el agua corría suavemente sobre la fuente del loto.

—Este palacio estaba destinado a las mujeres de la corte —le expliqué—. Se llama Palacio de los Colores porque sus paredes estaban decoradas con tonos dorados y espejos que multiplicaban la luz. Imagínatelo lleno de sedas, perfumes y música.

Hellen caminó despacio, casi con reverencia.

—También servía de residencia —añadí mientras seguíamos hacia el Khas Mahal—. Aquí dormía el emperador y cumplía con sus rituales diarios.

Ella me miró, sonriendo con incredulidad.

—Si me lo contaras sin estar aquí, pensaría que me describes un mundo imaginario. Es una pena que algunas partes no estén mejor conservadas.

—Lo es, en parte —admití—. Pero aún queda algo. Si escuchas con atención, parece que el mármol retuviera los ecos del pasado.

Nos detuvimos un momento frente a los patios silenciosos. La luz se filtraba entre las arcadas y el aire parecía cargado de un recuerdo antiguo, como si las piedras guardaran todavía el aliento de una época gloriosa.

—A veces —le dije—, caminar por aquí no es ver ruinas. Es sentir cómo un imperio entero sigue palpitando bajo nuestros pies.

Hellen respiró hondo, absorbida por la atmósfera. Seguimos avanzando y, mientras ella miraba a su alrededor con admiración, yo sentía algo distinto.

—Da la impresión de que el tiempo ha pasado, pero no ha logrado borrar lo esencial —comentó.

—Exacto. Como has podido comprobar, el Fuerte Rojo no es solo una fortaleza, Hellen. Es un testamento. Aunque decaído, sigue imponiéndose, y el propio viento que sopla entre sus almenas parece susurrar que este imperio no quiere morir.

—Delhi no es la única ciudad que atesora los símbolos del poder mogol —continué—. Cuando lleguemos a Agra, podrás admirar el Taj Mahal, la personificación del amor eterno. O Fatehpur Sikri, la ciudad fantasma que Akbar construyó y luego abandonó, que aún conserva

una majestad silenciosa. Jaipur, Amber, Lahore, Srinagar… todo este legado se extiende por la región como las huellas vivas de una civilización dedicada a convertir la belleza en eternidad.

Hellen sonrió, casi con timidez.

—Espero disfrutarlo tanto como he disfrutado de este fuerte. Aunque me da la sensación de que tú no lo has disfrutado tanto como yo.

—No es que no lo haya disfrutado, Hellen —respondí—, es que cuando lo vi en mi primera visita estaba mucho mejor conservado que ahora.

—No me digas —replicó ella, sorprendida.

—Sí —continué—. Tenía muchas ganas de volver, pero en otros años que intenté entrar me dijeron que estaba cerrado por mantenimiento. Mi decepción es que el único mantenimiento real que percibo está en los jardines.

—Te entiendo, Marc… porque tú ya lo habías visto en su esplendor. Para mí, en cambio, es un descubrimiento que me llena de admiración —comentó Hellen.

—Y ahí reside el problema —suspiré—. Para ti ha sido una maravilla, pero mira el interior: muchas salas están cerradas, los muros desgastados, hay zonas que rozan la ruina. Y hablamos de un Patrimonio de la Humanidad. No logro entender cómo permiten que un símbolo así se mantenga a medias. Las murallas resisten porque su construcción fue magnífica, pero el resto… el resto parece abandonado a su suerte.

Hellen me miró con una sonrisa que mezclaba complicidad y un ligero reproche cariñoso.

—Vaya, Marc… ya te salió la vena de periodista.

—No puedo evitarlo. Pero dime una cosa —le pregunté—: si dentro de unos años vuelves con tu familia o algún amigo, ilusionada por enseñarles lo que tanto te ha maravillado hoy, y encuentras estos edificios todavía más ruinosos… ¿qué pensarías?

Hellen bajó la mirada un instante, reflexionando con seriedad.

—Diría que es una pena. Y me daría mucha rabia —admitió—. Claro que sí.

—Pues eso es exactamente lo que siento yo. Ojalá el precio de la entrada sirviera realmente para conservar este legado y no para engordar los bolsillos de cuatro corruptos de turno.

Ella soltó una pequeña risa, casi resignada.

—Tienes razón, Marc —contestó—. Por suerte, esta es mi primera vez… y me quedo con la imagen que me llevo hoy.

La miré con una sonrisa, compartiendo por un momento su optimismo.

—Esa es tu ventaja, Hellen. Y ahora —le dije mientras regresábamos al coche— vamos a visitar un mausoleo muy especial: el de Humayun. ¿Habías oído hablar de él?

Hellen negó con la cabeza y sonrió, dispuesta a dejarse sorprender una vez más.

—No, Marc. Ya sabes que toda la información que tenía sobre la India me la había proporcionado mi amiga, y se refería exclusivamente al Rajastán. Por eso solo me documenté sobre aquella región. De Delhi apenas sabía nada, pero estoy descubriendo una capital que me entusiasma. Y no me cansaré de repetirlo: qué suerte tuve de que aquel autobús hacia Jaipur no saliera hasta dos días después... Y, sobre todo, de haberte encontrado en aquella estación, precisamente cuando estabas contratando un vehículo para recorrer el país.

Reí bajito ante su entusiasmo. Hellen continuó:

—Por cierto, Marc, ahora que por fin sé tu nombre… ya sé también que eres español, pero no dónde naciste.

—Nací en Barcelona —respondí—, y allí vivo cuando no estoy viajando. ¿Y tú, Hellen?

—En Londres —dijo—. Allí tengo mi residencia.

Hubo un pequeño silencio, de esos que no incomodan pero que abren la puerta a la curiosidad. Fue ella quien lo rompió.

—¿Estás casado, Marc? ¿Tienes pareja?

—No, Hellen —respondí con naturalidad—. Tuve pareja, pero hace un par de años que vivo solo. Mi profesión y mis constantes viajes enfriaban la relación; después de aquella última experiencia, decidí que no volvería a convivir con nadie.

Ella me miró con un gesto suave, casi cómplice.

—¿Te dejó ella?

—En parte sí —admití—. Estuve cuatro meses viajando y, cuando regresé, me dijo que me quería, pero que no podía seguir con una relación así. Ella era muy familiar; soñaba con un hogar, con hijos y un marido presente. Y yo… yo era ese hombre que regresaba cada cierto tiempo con historias nuevas y una maleta distinta. Mantenemos una buena amistad; ahora tiene una pareja con sus mismos anhelos y me alegra que haya encontrado su felicidad. Ella comprendió algo importante: que mi forma de ser, mi vocación y mi felicidad estaban ligadas a esta profesión que me apasiona.

Me volví hacia ella para enfatizar mis palabras:

—Desde entonces comprendí que, a menos que encuentre a alguien que comparta este instinto de libertad, este deseo de conocer el mundo y transmitirlo, cualquier relación acabaría chocando contra el mismo muro.

Hellen asintió lentamente.

—Lo entiendo —dijo en voz baja.

—¿Y tú? —le pregunté con delicadeza—. ¿Tienes o has tenido pareja?

Ella se quedó pensativa, como si dudara entre hablar o callar. Al notar su vacilación, la miré con suavidad.

—No tienes por qué contestarme si no quieres. Perdona si te he incomodado.

—No, no es eso —respondió enseguida—. Sí, he tenido pareja… pero lo dejé por hacer este viaje.

Me detuve un instante, sorprendido.

—¿En serio?

—Sí —asintió con un suspiro que parecía arrastrar un año entero de decepción—. Él no quiso acompañarme. Como te conté, una amiga me contagió su entusiasmo y así nació esta inquietud. Durante un año viví con esa ilusión y él parecía estar de acuerdo, pero cuando llegó el momento… me dijo que lo sentía, que no estaba preparado para visitar este país y que no entendía por qué yo me empeñaba en hacerlo.

Moví la cabeza, incrédulo.

—Vaya… Eso debió de ser un golpe duro.

—Me dejó completamente descolocada —continuó—. No lo esperaba, porque habíamos hablado del viaje muchísimas veces. Para colmo, cuando mis padres se enteraron de que viajaría sola, se opusieron radicalmente. Esa mezcla de decepción y culpa me asfixió. Le rogué por última vez que viniera conmigo, aunque fuese solo para que ellos no se preocuparan, pero se negó rotundamente.

Hellen hizo una pausa, como si reviviera aquel instante de rabia contenida.

—Así que saqué el billete hacia Delhi sin pensarlo demasiado —dijo, con un brillo feroz en los ojos—. Ni siquiera sabía bien a dónde iba; solo tenía un pensamiento: huir. Salir de esa relación. Ese billete era mi escape.

Me dedicó una sonrisa cálida antes de añadir:

—Y aquí estoy, viajando por la India. Por suerte, gracias al destino, no estoy sola. Me encontré con un barcelonés que no solo me acompaña, sino que me está descubriendo esta ciudad… y, espero, gran parte del país.

—Ahora entiendo por qué insistías tanto en compartir el coche —comenté.

—Sí, Marc —respondió con una media sonrisa—. Llegué llena de rabia por la actitud de George. Durante todo el año planeamos los lugares que visitaríamos; yo se lo contaba con entusiasmo y él fingía compartirlo. Pero una semana antes me soltó, con absoluta frialdad, que no vendría, que no estaba dispuesto a gastar sus vacaciones en un país que no le atraía lo más mínimo.

Sus manos acompañaban sus palabras con un nerviosismo contenido.

—Durante años viajamos a África porque ese era *su* viaje. Yo estuve a su lado, año tras año, siguiendo siempre su elección. Pero cuando por fin tocaba algo que yo había escogido… me mantuvo engañada hasta el último momento. Nunca tuvo intención de venir.

Hizo una breve pausa antes de concluir:

—Por eso decidí venir sola, sin saber nada. Me hizo gracia cuando me dijiste que podía volar a Jaipur; ni siquiera se me ocurrió. Y mira… solo llevo dos días aquí y ya he comprendido algo esencial: estaba en una relación que me tenía enjaulada, donde nunca fui realmente yo misma.

Alzó la mirada, como si reviviera aquel instante de ruptura.

—Al despertar esta mañana, respiré hondo y sentí una libertad indescriptible. Quería salir a la calle con una ilusión renovada, con ganas de vagar sin rumbo, de perderme y descubrir un mundo que ahora siento como mío. Ya no se trata solo de visitar la India; se trata de mí, de liberar a la persona que ha permanecido en silencio durante demasiado tiempo.

Sonrió, esta vez sin reservas.

—Ya no tengo que fingir una sonrisa cuando algo no me gusta, ni ocultar mi admiración cuando la siento. Creo que, por primera vez, me he encontrado conmigo misma. Ahora comprendo qué era lo que me sostenía durante todo este año mientras alimentaba la ilusión del viaje: sin saberlo, era la salida que necesitaba. El escape de una relación mantenida por el qué dirán, por no incomodar a mis padres, por obedecer las normas de esa sociedad en la que me educaron… una jaula de oro que, al fin, he dejado atrás.

Se quedó callada un instante antes de añadir, bajando un poco la voz:

—Ahora lo que me preocupa es cómo decirles a mis padres que voy a pasar un mes entero recorriendo la India.

La miré y respondí, con un sentimiento de culpa:

—Lo siento… Si lo hubiera sabido desde el principio, no te habría puesto tantas trabas.

Ella sonrió, como quien reconoce a un aliado inesperado.

—No habría servido de nada —dijo—. Estaba decidida a ir contigo como fuera.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar, con un tono más íntimo.

—Al verte, fui consciente de la realidad en la que me encontraba. Comprendí que mi ira, que mi huida impulsiva, podía convertirse en un salto al vacío. No se trataba solo de viajar sola por un país lejano, sino de adentrarme en un mundo desconocido. Y lo más duro fue asumir que nunca me habían soltado de la mano… y que yo tampoco había sabido soltarla.

Suspiró, como si esa confesión pesara.

—Entonces entendí que toda esa rabia, esa fuga hacia adelante, podía acabar siendo justo lo contrario de lo que estaba buscando. —Me miró fijamente—. Cuando te vi, pensé que eras mi salvación. Y ahora sé que no me equivocaba. No sabes cuánto te agradezco que me hayas admitido en tu viaje solitario. Siempre te estaré agradecida.

Negué con la cabeza, restándole importancia.

—No tienes nada que agradecerme —le dije—. Pero sí creo que has hecho bien en explicarme tu situación. Ahora solo espero que esa sensación de libertad te sirva como punto de partida; que sea un crecimiento tuyo y no solo una reacción a lo que dejaste atrás.

Hice una breve pausa y la miré con seriedad.

—Aun así, te has tirado a la piscina sin saber si había agua al confiar en alguien que acababas de ver en una estación de autobuses. Tu desesperación debía de ser muy grande, porque yo podría ser —o podría serlo aún, que solo hace dos días que nos conocemos— una mala persona que se aprovechara de ti.

Hellen me sostuvo la mirada y sonrió con ironía.

—Sí, puede ser. Pero también yo podría ser alguien que lo que intenta es seducirte y sacarte todo lo que pueda, ¿no?

Me quedé pensativo un segundo y solté una pequeña risa.

—Pues mira, sí. Ahora que lo pienso, a lo mejor por eso insistías tanto —le solté.

Y, por primera vez en todo el día, los dos sonrieron

—Y además —añadió ella con un guiño travieso—, tendré que pedirles a mis padres que me ingresen más dinero en la tarjeta para cubrir todo el mes. Mi idea original era estar solo quince días y, como ya veo que estás prevenido, no voy a poder seducirte para engañarte.

—Eso, Hellen, va a ser… una conversación interesante.

—Ya lo creo —respondió, soltando una carcajada—, sobre todo cuando les diga: «Por favor, ingresad dinero en la tarjeta».

—¿Es que no trabajas? —pregunté, sorprendido.

—Sí, claro que trabajo y tengo un buen sueldo. Sin embargo, últimamente mis ahorros han disminuido —dijo con un gesto despreocupado—. No te preocupes, mis padres son increíblemente ricos. Somos… bueno, una familia acomodada. Mi padre es lord —añadió con una risa consciente del peso de su afirmación—. Lo que realmente me preocupa no es que no puedan enviarme el dinero; de eso no hay escasez. Lo que me inquieta es que no quieran que pase tanto tiempo fuera.

La escuché con atención mientras sus ojos brillaban con determinación.

—Ya veré qué pasa cuando llegue el momento —continuó—. De momento lo pospondré. Oficialmente, se supone que estoy en el Rajastán en un viaje de quince días. Cuando pase una semana, se lo diré.

—Vaya… —dije con una media sonrisa—. Toda la hija de un Lord, viajando con un reportero de poca monta.

Los dos estallamos en una carcajada. El chófer, desde el asiento delantero, nos lanzó una mirada y acompañó nuestra risa con una sonrisa cómplice, como si llevara horas siguiendo una historia que empezaba a resultarle familiar y entrañable.

Hellen, sin dejar de reír, replicó:

—Serás de poca monta, pero para mí fuiste el salvavidas en mitad de mi naufragio emocional.

El coche avanzaba suave entre el tráfico y, por un instante, tuve la sensación de que aquel viaje —improvisado para uno y casi accidental para la otra— había encontrado su propio rumbo. Me sentí orgulloso de haber ayudado a aquella mujer que, sin saberlo, acababa de demostrar una valentía inédita: se había atrevido a escapar de un mundo donde todo estaba predeterminado para escuchar, por fin, ese anhelo interior que clamaba por ser vivido.

—Hemos llegado a la Tumba de Humayun —anunció el chófer.

Descendimos del vehículo y nos acercamos a la taquilla. Tras comprar las entradas, atravesamos la gran puerta de acceso. Al cruzar el umbral, el mausoleo apareció ante nosotros con toda su magnificencia, como si emergiera lentamente del silencio.

—¡Oh…! —exclamó Hellen sin poder contenerse—. Tiene una cúpula como la de la mezquita… y es de arenisca, como el Fuerte Rojo.

—Exacto —le respondí—. Humayun fue el segundo emperador mogol de la India. Los mogoles dejaron un legado arquitectónico impresionante en esta parte del país, y este lugar es su piedra angular.

Caminamos unos pasos más, avanzando por el sendero flanqueado por jardines simétricos. El aire cálido traía un aroma tenue a tierra y hierba. Hellen observaba fascinada.

—Este mausoleo lo mandó construir su viuda, Haji Begum —continué—. Ordenó levantarlo en 1572, catorce años después de la muerte del emperador.

Ella me miró de reojo, invitándome a seguir con el relato.

—Humayun tuvo una vida llena de desafíos —proseguí—. Se enfrentó al exilio, la derrota y la pérdida de su imperio. Desterrado, huyó con un pequeño grupo de seguidores leales a Persia. Allí, el sah le ofreció tropas para recuperar su trono. Tras años de asedios y batallas, Humayun regresó triunfalmente a Delhi en 1555, no solo recuperando su imperio, sino expandiéndolo más allá de sus límites anteriores.

—¿De qué murió? —preguntó Hellen, intrigada.

—Desafortunadamente, su vida llegó a un final prematuro solo un año después de recuperar su trono —suspiré—. En un giro inesperado del destino, tropezó mientras bajaba las escaleras de su biblioteca cargado de libros y cayó. Un emperador que había sobrevivido a guerras, traiciones y exilios fue finalmente vencido por un mal paso.

Hellen negó suavemente con la cabeza, sorprendida por la ironía.

—Este fue el primer gran mausoleo mogol —añadí—. El antecedente directo del Taj Mahal. Aquí empezó todo: la arenisca roja, las incrustaciones de mármol blanco, los jardines geométricos, los estanques… y esa cúpula enorme, de más de cuarenta metros, coronada por *chhatris*, esos pequeños pabellones tan característicos.

Nos detuvimos un instante para observar cómo la luz de la tarde se deslizaba sobre las paredes rojizas.

—Por cierto —dije—, a diferencia del Fuerte Rojo, aquí sí se llevó a cabo una restauración profunda. El monumento estuvo cerrado entre 1999 y 2003. Desde que la UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad en 1993, se tomó en serio la necesidad de intervenirlo.

—Es precioso —susurró Hellen, absorta ante la simetría del lugar.

—Cuando lleguemos a Agra —añadí— y veas el Taj Mahal, te darás cuenta de que su arquitectura es una evolución de esta. La cúpula, los arcos, la simetría… Todo tiene un aire de familia.

Hellen me dedicó una sonrisa larga, de esas que dicen más que las palabras. El sol comenzaba a descender tras las copas de los árboles, tiñendo la cúpula de tonos dorados, y por un momento guardamos silencio: simplemente dejamos que el lugar nos envolviera.

—Ven, sígueme —le dije—. Antes de salir quiero enseñarte otro tesoro que suele pasar desapercibido.

—¿Otro más? —sonrió ella.

—Uno muy especial: la Tumba de Isa Khan. Está algo escondida, tras una muralla a la derecha de la entrada. Poca gente se detiene aquí, y es una verdadera pena.

Caminamos por un sendero estrecho, flanqueado por árboles que proyectaban sombras alargadas sobre el suelo. Unos metros después apareció la muralla baja y, tras ella, un recinto silencioso, pequeño y casi íntimo.

—¿Y quién era Isa Khan? —preguntó ella, acomodándose el bolso al hombro.

—Un noble de la corte de Sher Shah Suri —expliqué—, el gobernante afgano que derrocó a Humayun en 1540. Lo nombraron lugarteniente y le otorgaron el gobierno de Multan.

—¿Entonces su tumba es anterior a la de Humayun?

—Sí, la mandó construir en vida, hacia 1547, y murió ese mismo año. Es curioso: planificó su descanso eterno antes de que la historia decidiera su destino final.

Entramos en el pequeño jardín. La tumba, de planta octogonal, se alzaba sobria y poderosa, sin adornos excesivos.

—No es grande —murmuró Hellen.

—No, pero emana una fuerza especial. Es puro estilo afgano. Aquí no encontrarás la grandiosidad de Humayun, pero sí una espiritualidad distinta, más austera. Mira, incluso tiene su propia mezquita al lado, labrada en piedra.

Continuamos recorriendo el lugar, deteniéndonos en la cúpula, en las puertas arqueadas y en el juego de luces que se filtraba por las celosías.

—Caminar por este complejo —continué— es como ver los cimientos del arte mogol. Aunque Isa Khan era un noble afgano, muchos de los elementos que vemos aquí —la planta octogonal, la cúpula bulbosa, las proporciones— serían luego adoptados y magnificados por los emperadores. Es, en cierto sentido, el prototipo de la grandeza que vendría después.

Ella asintió despacio, respirando hondo, como si quisiera retener aquel instante de paz antes de regresar al bullicio de la ciudad.

—Y aún hay más —añadí mientras regresábamos al coche—. De camino al hotel pasaremos cerca del Mausoleo de Safdarjung. Podríamos detenernos un momento si te apetece.

—¿También es mogol? —preguntó ella mientras subíamos al vehículo.

—Sí, pero de una época tardía. Verás que su cúpula guarda un aire de familia con el Taj Mahal, aunque, por supuesto, sin el mármol. Allí domina la arenisca roja con detalles de piedra blanca. Mucha gente lo compara con este de Humayun por su simetría y su jardín persa, pero Safdarjung nació cuando el imperio ya estaba en plena decadencia.

—¿Y se nota?

—Inevitablemente. No es un monumento pensado para deslumbrar, como los palacios que vimos esta mañana. Allí todo era esplendor: mármol y patios que multiplicaban la luz. En cambio, en Safdarjung reside una belleza más íntima, casi triste. La luz se filtra por las celosías y las galerías respiran una calma melancólica… Es como el último suspiro de la grandeza mogola.

Hellen me miró detenidamente, con una mezcla de curiosidad y admiración.

—No sabía que Delhi guardaba tantos lugares cargados de historia —confesó finalmente.

—La mayoría de los grandes edificios históricos de la ciudad son legados de los mogoles —respondí—. Pocas capitales del mundo pueden presumir de un patrimonio tan inmenso en tan pocos kilómetros.

—Ves, Marc… —sonrió ella con picardía—. Intuía que debía viajar con este «periodista de poca monta» para que me descubriera la verdadera India. Me alegro de haber ampliado el viaje; Delhi me está cautivando mucho más de lo que jamás hubiera imaginado.

—Delhi nunca revela todos sus secretos a primera vista —respondí—. Y aún nos queda mucho por explorar.

Después de aquel día intenso dedicado a la arquitectura imperial, llegó la hora de regresar. El cielo empezaba a cerrarse y el tráfico de Delhi rugía como si la ciudad, lejos de agotarse, despertara de nuevo con una energía eléctrica. Eran ya las siete de la tarde cuando bajamos del coche, con ese cansancio agradable de quienes han absorbido demasiada historia en un solo día.

—¿Vas a cenar más tarde? —le pregunté mientras caminábamos hacia el vestíbulo.

—Por supuesto —respondió Hellen con una sonrisa—. Pero necesito una ducha antes o me quedo dormida sobre el plato. ¿Te parece bien que quedemos a las nueve aquí en recepción?

—Perfecto —dije.

Nos despedimos en el ascensor. Cada uno subió a su habitación y, por un momento, el silencio del pasillo contrastó con todo el estrépito que habíamos vivido desde la mañana. Repasé mentalmente los lugares, las conversaciones, las risas… y me descubrí con ganas de seguir compartiendo el viaje con ella.

A las nueve en punto bajé al vestíbulo. Ella llegó unos segundos después, con un vestido ligero y el cabello todavía húmedo por la ducha. No era un gesto calculado; simplemente desprendía ese aire fresco de quien se ha liberado del polvo del camino.

—¿Vamos? —preguntó.

—Claro. ¿Te apetece cenar en el restaurante del hotel o prefieres salir?

—Hoy me rindo —sonrió—. Si vuelvo a salir al tráfico de Delhi, mañana no me levanto.

Elegimos una mesa junto a una ventana. Desde allí se veían las luces de la ciudad, vibrantes e interminables. Pedimos dos thalis, uno vegetariano para ella y uno mixto para mí. Cuando llegaron, los platos parecían un pequeño festival de colores.

—No sabes cuánto necesitaba esto —comentó Hellen mientras probaba un curry suave—. Entre la historia, el calor y tus explicaciones, he terminado con la cabeza llena… pero en el buen sentido.

—¿Y eso existe? —bromeé.

—Sí —dijo, clavando sus ojos en los míos—. Cuando alguien te hace disfrutar de algo que no conocías, la cabeza se llena, pero no pesa.

Su frase me sorprendió. No era solo cortesía: hablaba con una sinceridad que desarmaba.

—Hoy Delhi te ha cautivado —comenté.

—Y tú has contribuido bastante —respondió, sin apartar la mirada.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Me dijiste que conocías la India por haber viajado varias veces y eso ya me daba seguridad. Pero lo que me ha sorprendido es tu conocimiento detallado de cada rincón.

—Bueno, es que, como bien dices, mi profesión es informar. He escrito reportajes sobre estos lugares y, quieras o no, los datos se quedan grabados.

—Sí, por eso digo que me has sorprendido: no solo he encontrado un compañero de viaje, sino al guía perfecto.

—Vaya… yo creía que los españoles éramos los únicos dados a exagerar, pero veo que las inglesas no os quedáis cortas —dije, y los dos estallamos en una carcajada compartida.

La cena continuó entre anécdotas del día y risas que escapaban sin aviso. El cansancio, curiosamente, se volvió ligero, como si compartir la mesa fuera el mejor de los descansos.

Al subir de nuevo al ascensor, el silencio se volvió más cómodo que cualquier palabra. Ella se despidió en su planta con una sonrisa serena.

—Mañana, otro día de aventuras, Marc —dijo.

—Mañana más —respondí.

En aquel gesto sencillo comprendí que el viaje ya no se trataba solo de templos e historia. Sabía que no me arrepentiría de haber compartido esta experiencia con Hellen; veía en ella a alguien que absorbía todo lo que el camino le ofrecía con la voracidad de una esponja.

Cuando llegué a mi habitación, seguí el pequeño ritual que me acompaña en cada expedición. Repasé mentalmente lo vivido, puse a cargar las baterías de las cámaras y volqué todas las fotografías en el disco duro, organizándolas en carpetas por fecha y lugar. Después, limpié minuciosamente el equipo. Es un trabajo casi obsesivo, pero necesario: con tantos kilómetros por recorrer, es la única manera de que las imágenes y los recuerdos queden ordenados, fieles a lo que mis ojos captaron. A veces, tras jornadas intensas, ese proceso me roba un par de horas antes de poder cerrar los ojos.

Aun así, suelo despertarme temprano. Tras una ducha rápida, bajé al comedor esperando ser el primero… y, para mi sorpresa, allí estaba Hellen. Estaba sentada frente a una taza de té, mirando por la ventana como si llevara un buen rato despierta.

—Buenos días —le dije, acercándome—. ¿Cómo es que te has levantado tan pronto?

Ella levantó la vista y sonrió.

—¿Temprano? Para mí no lo es. Suelo madrugar para escribir sobre el día anterior. Así todo queda registrado en mi ordenador: las impresiones, los lugares, las sensaciones…

Me reí, sorprendido por la coincidencia.

—Vaya, yo suelo hacer lo mismo, pero por la noche. Antes de dormir lo dejo todo escrito para no perder ni un detalle.

—Ya —respondió ella—, pero anoche llegué agotada. Preferí dormir y hacerlo ahora, con la mente despejada.

Asentí mientras me servía un café.

—Ya ves —añadí—, y luego dicen que los periodistas de viajes vivimos en un paraíso constante. Nadie ve las pocas horas que descansamos. Es cierto que esto no es una oficina, pero tampoco es tan descansado como muchos creen.

—Desde luego —rió—. Los viajes son maravillosos… pero agotan.

Nos quedamos unos segundos en silencio, compartiendo esa complicidad que nace cuando alguien comprende lo que la mayoría ignora: que la belleza, cuando se trabaja, también pesa.

El chófer nos esperaba, como siempre, puntual frente al hotel. Nunca falla: a la hora acordada ya está al volante, listo para arrancar.

—Hoy queremos empezar por el Qutb Minar —le dije mientras subíamos al coche—. Después iremos al mausoleo de Gandhi.

—Perfecto, señor —responde con esa serenidad que parece impermeable al caos del tráfico de Delhi—. Esperemos que no haya demasiada congestión.

—Tranquilo —añadí—. Tenemos tiempo; hasta las siete de la tarde podemos recorrer lo que queramos.

Apenas avanzamos unos metros, Hellen se gira hacia mí desde el asiento trasero.

—¿Qué vamos a ver exactamente? —pregunta con esa mezcla de curiosidad y energía que la acompaña desde que aterrizó en la India.

—Delhi —le digo— no es una ciudad cualquiera. Es más bien un palimpsesto.

—¿Un qué?

—Un palimpsesto —repito, sonriendo—. Una ciudad escrita y reescrita encima una y otra vez. Cada imperio construyó su mundo sobre las ruinas del anterior. Por eso los historiadores hablan de siete u ocho ciudades distintas dentro de la misma Delhi. Cuando caminas por aquí, sientes que las capas del tiempo siguen vivas, superpuestas como si fueran estratos de memoria.

—¿Y el Qutb Minar está en una de esas «ciudades»? —insiste.

—Exacto. Vamos a Mehrauli, que fue la primera sede estable del Sultanato de Delhi. Allí empezó todo. Entre jardines silenciosos y viejos senderos de piedra se alza el complejo del Qutb: una torre impresionante que se eleva como una lanza hacia el cielo.

Hellen asiente, interesada, mirando por la ventanilla el caos de motocicletas, *rickshaws* y autobuses que serpentean entre sí.

—La torre —continúo— se empezó a construir en 1193 y hoy es la más alta de la India. Son más de setenta metros que parecen querer rasgar las nubes. Lo curioso es que el último piso original fue destruido por un rayo en el siglo XIV, y después lo reconstruyeron añadiendo dos niveles más. Por eso presenta esa mezcla de arenisca roja, amarilla y mármol blanco.

—Debe de ser impresionante verla de cerca —murmura ella.

—Lo es. Y no solo la torre. Allí también está la mezquita Quwwat-ul-Islam, que se levantó sobre los restos de antiguos templos hindúes y jainistas. En las columnas todavía puedes ver los motivos esculpidos de aquellos templos originales. Es como si cada piedra contara dos historias a la vez.

—¿Eso no generó conflictos? —pregunta Hellen con lógica.

—Por supuesto. Las invasiones destruyeron muchos templos, pero sus fragmentos acabaron integrados en la nueva arquitectura islámica. Es un símbolo perfecto de lo que te decía: Delhi no se visita, se descifra.

Hellen toma notas mentalmente; ya empiezo a conocerla. Cada palabra la enlaza con otra, como si fuera un mapa que se va iluminando en su cabeza.

—En el recinto —sigo— también está el famoso Pilar de Hierro, del siglo IV. Tiene más de mil seiscientos años y aún no se ha oxidado. Es uno de esos misterios que siempre intrigan a los viajeros.

—¿De verdad no se oxida? —pregunta con una sonrisa incrédula.

—Ni una pizca. Los ingenieros modernos siguen estudiándolo; los antiguos metalúrgicos indios eran auténticos maestros. —Hice una pequeña pausa antes de añadir—: Pero lo más fascinante no es solo su resistencia, sino lo que cuenta. El pilar conserva una inscripción en sánscrito dedicada al dios Vishnu, en honor a un rey llamado Chandra. Es un vestigio de la era Gupta, el siglo IV, mucho antes de que llegaran los sultanes.

Hellen me miró, tratando de procesar la cronología.

—O sea, que el pilar ya llevaba allí ochocientos años cuando empezaron a construir la torre —concluyó ella.

—Exactamente. Es el superviviente absoluto. Los constructores de la mezquita decidieron dejarlo donde estaba, quizá como un trofeo o quizá por respeto a algo que ni siquiera el tiempo podía destruir. Es la prueba física de que, en India, el pasado nunca desaparece del todo; solo se le añade una capa nueva encima.

Hellen guardó silencio un momento, mirando por la ventanilla, como si ahora viera las calles de Delhi no como un caos, sino como ese pergamino que intentamos descifrar.

El coche avanza mientras el bullicio de la ciudad nos envuelve. A medida que nos adentramos en Mehrauli, las calles se ensanchan, aparecen árboles centenarios y muros desgastados; el ritmo frenético de Delhi parece, por fin, darnos un respiro.

—Pero no todo es el Minar —le explico—. El parque arqueológico está lleno de tesoros: mausoleos, restos de palacios y mezquitas que sobreviven entre la maleza… como la tumba de Jamali-Kamali.

—¿Quiénes eran? —pregunta Hellen, intrigada por el nombre.

—Jamali fue un poeta sufí muy influyente entre la dinastía Lodi y los primeros mogoles. Su tumba es pequeña, pero de una belleza exquisita: estuco, azulejos pintados y versos grabados en las paredes. Junto a él descansa Kamali, cuya identidad sigue siendo un enigma. Hay todo tipo de leyendas sobre su relación.

—Suena fascinante —dice ella, con esa mirada que ya reconozco: la que anuncia una batería de preguntas y otra tanda de fotos.

—Este lugar —añado— era territorio rajput antes de la conquista de 1193. Con los siglos se pobló de santuarios, cotos de caza mogoles y, más tarde, residencias británicas que buscaban escapar del calor del centro. Hoy sigue siendo una zona exclusiva, pero para mí conserva algo único: la sensación de que el pasado aún respira entre sus senderos.

El coche reduce la velocidad. Al fondo, entre el follaje, empieza a recortarse la silueta del Qutb Minar.

—¿Sabes? —me dice Hellen sin apartar la vista de los muros que asoman entre la vegetación —. Todo lo que me cuentas suena casi… inabarcable. Como si cada rincón de Delhi fuera una historia dentro de otra historia.

—Eso es exactamente lo que cautiva de esta ciudad —le respondo—. Ningún lugar está solo. Siempre hay algo detrás: una dinastía, una batalla o una leyenda.

Ella vuelve a mirarme con una media sonrisa.

—Y tú lo cuentas como si hubieras vivido aquí en otra vida.

—Ojalá —bromeo—. Solo intento seguir el hilo. Delhi nunca te entrega el ovillo entero; te obliga a ir tirando de él, poco a poco.

El chófer interviene con una cortesía discreta:

—Señor, estamos ya en la entrada del complejo.

Se lo agradezco con un gesto y me vuelvo hacia Hellen:

—Cuando bajemos, verás que todo esto cobra sentido. Las palabras se quedan cortas.

—¿Hay algo más que deba saber antes de entrar?

—Sí: que no estás ante un simple monumento. Es la huella del primer gran cambio político y cultural del norte de la India.

El coche gira por una avenida más despejada y la torre aparece, por fin, como una aguja inmensa que cose el cielo.

—Ahí la tienes. El Qutb Minar. Te aseguro que ninguna foto le hace justicia.

Hellen se queda en silencio, con los ojos muy abiertos.

—Es… mucho más grande de lo que imaginaba —logra decir.

—Y más bello —añado—. Ya lo verás cuando estemos a sus pies.

Apeamos del coche mientras nos rodea el aroma típico de Delhi: una mezcla de polvo, tierra húmeda y especias. Hellen caminaba hipnotizada, fotografiando la torre y las ruinas que la custodian. Al cabo de unos minutos, se detiene, baja la cámara y me mira:

—Tenías razón, Marc. Cuando estás a sus pies, no solo gana en grandeza, sino en una belleza que te sobrecoge.

Hellen caminaba hipnotizada, alternando la mirada entre el visor de su cámara y la piedra rojiza que se alzaba sobre nosotros. Se detuvo a escasos metros de la base, allí donde la torre parece ensancharse para hundir sus raíces en la tierra, y recorrió con los dedos la superficie tallada.

—Marc, esto no me lo habías dicho —comentó sin dejar de observar la piedra—. Estos relieves… no son solo dibujos, ¿verdad? Son letras.

Me acerqué a su lado. La luz del sol incidía de lado sobre la arenisca, resaltando el relieve de la caligrafía que serpenteaba alrededor de la torre en bandas horizontales.

—Tienes buen ojo —respondí—. Son inscripciones cúficas con versículos del Corán. Fíjate en cómo los artesanos integraron la escritura con los motivos florales. Querían que la palabra de Dios formara parte de la propia estructura del triunfo.

Hellen asintió, fascinada por la precisión del cincel tras ocho siglos de erosión.

—Es increíble que algo tan colosal esté lleno de detalles tan minúsculos —murmuró, bajando la cámara—.

Nos quedamos allí un momento, en silencio, empequeñecidos por la sombra de aquel gigante de piedra que seguía desafiando al cielo de Delhi.

—Ramesh, ya podemos ir hacia Raj Ghat —le indiqué mientras dejábamos atrás el complejo de Mehrauli.

—De acuerdo, señor —respondió él con su calma habitual.

—Y ese lugar, ¿qué es exactamente? —preguntó Hellen mientras nos acomodábamos de nuevo en el frescor del coche.

—Es el memorial de Gandhi —le dije—. Me alegra que lo visitemos hoy; es una parada imprescindible. ¿Habías oído hablar de él?

—¡Desde luego! —exclamó—. Qué suerte tengo de ir contigo; no dejas ningún rincón sin cubrir. Estoy entusiasmada.

Sonreí ante su energía, y Ramesh nos avisó al poco tiempo:

—Señor, hasta aquí puedo llegar con el vehículo. Más adelante el acceso está restringido.

—Perfecto, gracias.

—Solo tienen que seguir ese camino todo recto y llegarán hasta el Raj Ghat —nos indicó Ramesh con un gesto amable.

Comenzamos a caminar por el sendero que conduce al memorial. El entorno es verde, espacioso, como si la ciudad se hubiera detenido para guardar silencio. Al llegar al recinto central, Hellen se detuvo, visiblemente impresionada.

—¡Oh…! —susurró—. Después de ver la opulencia de los mausoleos mogoles, esperaba algo imponente, una gran construcción… y esto es tan simple, pero a la vez tan poderoso.

Asentí. La tumba de Gandhi no es un edificio suntuoso ni un monumento que busque abrumar al visitante. Es una plataforma de granito negro, desnuda, grabada con las palabras «Hey Ram» —«¡Oh, Dios!»—, las últimas que pronunció antes de caer asesinado.

—Fíjate —le dije en voz baja—, la fuerza de este lugar no reside en la grandiosidad, sino en la pureza. Gandhi fue pequeño en estatura, pero un gigante en humanidad.

Hellen bajó la mirada, conmovida.

—Soy inglesa —murmuró— y, aun así, no puedo dejar de sentir una admiración profunda por este hombre. Fue capaz de liberar a su país del Imperio Británico sin disparar una sola bala. Si hubo sangre, fue la de su propio sacrificio… y lamento profundamente la parte que mi país tuvo en todo aquello.

Avanzamos hasta colocarnos junto a la plataforma. El memorial se alza exactamente en el lugar donde fue incinerado el 31 de enero de 1948. El mármol negro, la llama eterna que baila en el centro y el silencio absoluto transmiten un respeto casi místico.

—Cuando estuve aquí por primera vez —le comenté—, coincidí con una multitud que rendía homenaje el 15 de agosto, el Día de la Independencia. Era un silencio denso, solo roto por el roce de los pies descalzos y el rumor del viento. La gente rezaba con las manos juntas, con lágrimas en los ojos. Todos hablaban con el corazón al Padre de la Nación, aquel hombre diminuto que, con un bastón y una túnica blanca, cambió el curso de la historia.

Hellen suspiró y se inclinó levemente frente a la plataforma.

—*Namasté*, Mahatma Gandhi —susurró con una reverencia sincera.

Nos quedamos unos instantes allí, dejando que la paz del lugar nos envolviera antes de emprender el camino de regreso. Aquella sencillez era el recordatorio final de nuestro día: que la verdadera grandeza no necesita mármol ni piedras preciosas; le basta con el peso de una vida entregada a la justicia.

—Bueno, Marc —dijo Hellen mientras nos alejábamos de Raj Ghat—, después de esto creo que no queda nada mejor por presenciar en esta ciudad.

—Ni mejor ni, desde luego, más emotivo —respondí—, pero aún nos queda mucho por descubrir. Delhi guarda sorpresas que todavía pueden dejarte boquiabierta.

—Si tú lo dices… —asintió ella, sonriendo—. Estoy disfrutando de este viaje más de lo que podía imaginar. Me llamarás pesada, pero te lo repito por décima vez: gracias por aceptarme como compañera.

—No hay de qué, Hellen. Es un placer viajar con alguien que admira lo que visita. Como te comenté cuando dudaba de si debíamos ir juntos, uno de los mayores riesgos de un viaje es compartir las veinticuatro horas del día. No siempre sale bien: surgen rencillas, desacuerdos… y muchas veces el ego impide dejarse guiar.

Hellen me observó en silencio, asimilando mis palabras.

—Ahora estamos en los primeros días —continué—. Espero que los siguientes sean igual de placenteros. Pero llegará un momento en que el cansancio haga mella. Viajar es maravilloso, sí, pero agotador; son jornadas enteras de actividad y aprendizaje constante.

—Espero que no llegues a lamentar haberme traído —dijo ella con un deje de preocupación en la voz.

—No te preocupes —le aseguré—. Suelo ser paciente, pero te pido algo: sé sincera conmigo. Si algún día un lugar no te atrae o simplemente no tienes fuerzas, dímelo sin tapujos. No habrá problema; puedo ir solo. Por suerte, vamos en un coche particular y no en un grupo organizado. Aquí el ritmo lo marcamos nosotros.

Hellen asintió, y por un instante sus ojos reflejaron alivio. El día avanzaba y el calor se volvía más denso, mientras la ciudad se deslizaba a nuestro alrededor con su caos cromático, como si Delhi también participara en nuestra conversación.

—¿Dónde me llevas ahora, Marc? Perdón… ¿A dónde vamos? —corrigió ella con una sonrisa.

—Ahora vamos a descubrir la Nueva Delhi —le anuncié.

—¿Nueva? —replicó ella.

—Sí. Lo que hemos visto hasta ahora pertenece a la Vieja Delhi y sus capas antiguas. Como te mencioné, los historiadores hablan de siete ciudades previas; esta que vamos a ver ahora sería la octava.

—Ah, sí, ya lo recuerdo. Pero no es de extrañar que lo olvide; son tantas las emociones nuevas que voy a tener que llevar una grabadora para registrar todo lo que me cuentas.

—No te preocupes —respondí—. De todos modos, si al escribir tus notas te surge alguna duda, consúltame lo que necesites.

Al entrar en las grandes avenidas de la zona gubernamental, la fisonomía de la ciudad cambió bruscamente. Hellen comentó en voz baja, casi temiendo romper el hechizo:

—Vaya… ya no todo son mausoleos, ni fuertes, ni ruinas de civilizaciones antiguas.

—No —le dije—, esta es la ciudad actual, donde los mercados bullen y se contempla en vivo el pulso de la calle. Esta es la Delhi de sus habitantes, donde las penas, las alegrías y los sinsabores se reflejan en la mirada de la gente; donde la miseria y la opulencia se cruzan en una ciudad llena de contrastes. Aquí el pasado se mezcla con el presente de manera sutil: los edificios coloniales conviven con oficinas de cristal y los ministerios con cafés de diseño. Todo parece medido y ordenado, pero no por ello es menos fascinante.

—Es otra visión de la ciudad, y para mí, más auténtica —murmuró Hellen, pegada al cristal de la ventanilla.

—Sí —afirmé—. Pero recorrer Nueva Delhi requiere paciencia. No es solo admirar arquitectura; es sentir la ciudad como un organismo vivo. Cada avenida, cada rotonda y cada

mercado improvisado cuenta una historia de poder y de esfuerzo diario. Aquí los contrastes no se esconden: se exhiben, y uno aprende a convivir con ellos.

A medida que nos acercamos al corazón administrativo, los edificios se vuelven más majestuosos. El Kartavya Path —el antiguo *Rajpath*— se desplegó ante nosotros como un gran bulevar ceremonial diseñado durante el periodo del Raj británico.

En un extremo se alzaba el Rashtrapati Bhavan, la residencia oficial del presidente de la India; a ambos lados, alineados con un rigor casi marcial, se disponían los ministerios del Gobierno —el *North Block* y el *South Block*—; y, cerrando la perspectiva, emergía la Puerta de la India, el memorial dedicado a los soldados indios caídos en la Primera Guerra Mundial.

Todo el conjunto fue concebido como una escenografía del poder imperial y, con el tiempo, ha sido resignificado como el corazón simbólico de la India contemporánea.

—Y, sin embargo —añadí, señalando los jardines impecables—, incluso aquí, donde todo parece controlado, se percibe la esencia de la India: resiliente, llena de color y vida, imposible de domesticar del todo.

Hellen suspiró, entre la admiración y la reflexión. Comprendía que la Delhi que estábamos explorando no era solo un destino, sino un continente contenido en una ciudad; un encuentro constante entre historia, humanidad y modernidad.

—Bajemos del coche —le dije—. Esta parte debemos recorrerla a pie, «pateando la ciudad», como me gusta llamarlo. Aquí es donde vamos a sentir el pulso del día a día.

Salimos entre el bullicio, respirando esa mezcla de humo, perfumes y especias que flota pesadamente en el aire. Caminamos hacia el centro financiero, donde se extiende Connaught Place, el gran complejo circular inaugurado en 1931 por los británicos en honor al duque de Connaught. Su intención original era clara: crear un refugio que los alejara del caos, los olores y el tumulto de los bazares indios de la zona vieja.

Aquel círculo perfecto de edificios neoclásicos que, en mis primeras visitas, parecía el corazón elegante y distante de la ciudad, hoy ha sido rebautizado oficialmente como Rajiv Chowk, aunque para los locales siempre será «CP».

—Es inmenso —murmuró Hellen, girando sobre sí misma para admirar las fachadas uniformes, sus arcos y las columnas blancas que parecen no acabar nunca—. Jamás pensé que un solo lugar pudiera concentrar tanta historia y tanto comercio a la vez.

—Sí —le respondí—. Aquí conviven limpiabotas y quioscos de prensa con tiendas de marcas globales y restaurantes que ofrecen desde la cocina más tradicional hasta las propuestas internacionales más vanguardistas. Ya no es la zona más exclusiva de Delhi, pero su pedigrí es indestructible.

Nos movimos entre la multitud, sorteando ciclistas, *rickshaws* y turistas despistados. El estruendo de los cláxones se mezclaba con conversaciones en hindi, inglés y un sinfín de dialectos. Hellen se detuvo bajo uno de los soportales frente a un establecimiento antiguo que aún conservaba una tipografía de estilo británico.

—Es como si el tiempo se hubiera detenido aquí —dijo—, pero al mismo tiempo todo palpita con una energía rabiosamente moderna.

—Exactamente. Nuevos centros comerciales y zonas de negocios han restado protagonismo a Connaught Place, pero su arquitectura colonial sigue intacta, convirtiéndolo en el símbolo inconfundible de la Nueva Delhi.

Caminamos bajo los soportales, sintiendo el contraste en cada paso: escaparates de lujo junto a puestos de fruta amontonada, ejecutivos impecables mezclándose con artistas callejeros. Para mí, este es el auténtico latido cotidiano de la ciudad: el lugar donde Delhi se muestra sin filtros, en toda su fuerza y contradicción.

—Me encanta —susurró Hellen, mientras tomaba nota mentalmente de cada detalle—. Es un lugar que parece anciano y joven al mismo tiempo.

—Y lo mejor —añadí— es que solo se entiende así: caminando, observando, dejándose envolver. No hay guía que explique mejor la India que sentirla bajo las suelas de los zapatos. Bajemos un poco el ritmo, Hellen; tenemos tiempo de verlo todo sin prisas.

—De acuerdo, Marc —asintió ella mientras se ajustaba la correa de su mochila—, ¿por dónde seguimos?

—Vamos a descubrir otra cara de Delhi —le respondí—. La que late en sus arterias más profundas, entre bazares, templos y el rumor constante de la vida. La que muchos turistas, por miedo o comodidad, nunca llegan a pisar.

Al entrar en Paharganj, el cambio fue inmediato y violento. El bullicio golpeó nuestros sentidos: el claxon de los motocarros, el traqueteo de los carros de mano y conversaciones que se cruzaban en una Babel de idiomas y acentos. Los colores explotaban a nuestro alrededor: sedas que brillaban como gemas, frutas apiladas en pirámides imposibles y carteles pintados a mano que gritaban por nuestra atención.

Los aromas formaban un mosaico vivo: el *chai* recién hecho, el rastro dulce y picante de las especias, el incienso y el humo de carbón se entrelazaban en una fragancia densa que parecía adherirse a la piel. Hellen caminaba un poco inclinada hacia adelante, respirando profundo, con los ojos saltando de un detalle a otro con absoluta fascinación.

Los autorickshaws avanzaban con una destreza milagrosa entre vacas que cruzaban la calle con una calma sagrada; los mochileros cargaban sus bultos como banderas de una patria errante, y los tenderos proyectaban su voz sobre la sinfonía de la calle para atraer a los clientes. Cada gesto parecía formar parte de un pulso único e inconfundible.

—Esto sí que es la India —murmuró Hellen, sonriendo ante aquel caos perfectamente desordenado—. Es exactamente lo que siempre había imaginado, pero multiplicado por diez.

Más adelante nos adentramos en Chandni Chowk, el corazón comercial de la era mogola. La «Avenida de la Luna», que en tiempos de los emperadores reflejaba la luz plateada en sus canales, hoy palpita entre multitudes y luces de neón que compiten con la historia. Cada callejón —o *gali*— ofrecía una sorpresa: sedas que centelleaban bajo el sol filtrado, especias que parecían incendiar los sentidos y dulces que brillaban como pequeños tesoros almibarados.

—Es como un río humano —comentó Hellen, observando cómo la masa de gente fluía y se replegaba ante cada obstáculo—. Y, sin embargo, hay un orden extraño en este desorden.

Al caer la tarde, la ciudad no perdió fuerza; simplemente se transformó. Las luces de los comercios y los faroles de los rickshaws trazaron un mapa de luminiscencias entre el polvo y el caos. Los puestos de comida callejera se encendieron, revelando sus secretos: el paneer tikka

humeando en su salsa, los jalebis dorados brillando con caramelo recién hecho y el chai masala aromatizando el aire mientras calentaba el alma de los transeúntes.

Hellen se acercó a un puesto, cerró los ojos para olfatear el aire y probó uno de los dulces con la curiosidad de quien descifra, por fin, un lenguaje secreto.

Los templos, ocultos en el laberinto de los callejones secundarios, nos ofrecieron un refugio inesperado. Allí, el murmullo de las plegarias y el resplandor vacilante de las lámparas de aceite creaban un instante de intimidad donde el viajero se vuelve espectador de lo sagrado. Nadie nos miraba; si acaso, se nos aceptaba como testigos mudos de algo que trascendía lo cotidiano.

Al avanzar de nuevo hacia la calle, cada mercado nocturno y cada puesto iluminado con guirnaldas de colores nos recordaba que Delhi nunca duerme del todo. Mientras Connaught Place exhibe su geometría colonial y su modernidad administrada, los barrios antiguos laten con un corazón propio: desordenado, vibrante e incontrolable.

—Nunca había imaginado que una ciudad pudiera ser tan contradictoria y, al mismo tiempo, tan coherente —susurró Hellen, atrapando con la mirada cada destello de luz—.

—Así es —respondí—. Delhi no se visita, se vive. Y para comprenderla hay que caminarla, escucharla y, sobre todo, saborearla. Porque es en el pulso diario de sus habitantes donde se percibe la verdadera realidad de la ciudad, más allá de los libros de historia.

Nos detuvimos un instante, permitiendo que el bullicio nos envolviera, dejando que los colores y el aroma a sándalo y especias se grabaran en nuestra memoria. En ese mosaico infinito de lujo y pobreza, de modernidad y tradición, comprendimos que viajar no es solo observar desde la barrera, sino dejarse atravesar por la experiencia.

Hellen, que aún parecía estar asimilando el torrente de sensaciones, me tocó suavemente el brazo.

—Marc, ¿podemos parar un momento? Necesito sentarme y procesar todo esto. Me encantaría tomar un café y simplemente... recrearme en lo que acabamos de vivir.

—Tienes razón, nos lo hemos ganado —le dije, escaneando la calle con la mirada—. Mira, allí mismo hay un local que parece tener buen aspecto. Vamos.

Nos acomodamos y Hellen me observaba con una expresión de admiración; pero no era una admiración hacia mí, sino hacia la Delhi que acabábamos de descubrir. Ya no eran los monumentos los que captaban su atención, sino la vida vibrante, el bullicio y los pequeños detalles humanos que asomaban en cada esquina.

Nos sentamos en una pequeña terraza que daba a la calle, con mesitas de hierro forjado y sombrillas castigadas por el sol. Un té caliente nos reconfortó el cuerpo mientras Hellen se recostaba en la silla, cerraba los ojos un instante y dejaba que el estruendo de la ciudad llegara a sus oídos sin filtros.

—No puedo creer lo que estoy viviendo —dijo, todavía en voz baja, como temiendo romper el hechizo—. Todo ese caos, esos mercados, la marea de gente… y, sin embargo, hay algo armónico en ello.

—Todo eso es Delhi —respondí—. Las calles, los mercados, los carromatos, las vacas y los mausoleos. Un conjunto que, al mezclarse, te deja este cúmulo de emociones que sientes ahora.

Hellen asintió, sonriendo mientras observaba el ir y venir de los transeúntes: algunos cargaban fardos enormes sobre sus cabezas; otros caminaban con la calma parsimoniosa de quien pertenece a ese lugar desde siempre. Sus ojos brillaban con una fascinación nueva. Comprendí que estaba registrando cada gesto, cada sonido y cada aroma, para que ningún detalle se extraviara en su memoria.

—En esta parte de la ciudad —le comenté—, podrías sentarte cada tarde a tomar un té y descubrirías que ningún día es igual al anterior. Cada calle y cada mercado tiene su propia historia. Por eso, aunque recorras Delhi cien veces, siempre encontrarás algo que no habías visto antes.

Mientras saboreábamos el té, dejamos que el tiempo se estirara. Las voces, los cláxones y los aromas del mercado se fundían en un mosaico sensorial que hacía que la ciudad pareciera un organismo vivo y palpitante. Hellen sonrió, y yo sonreí con ella: no por nosotros, sino por la generosidad de esa Delhi que nos dejaba entrar en su mundo, aunque solo fuera por unas horas.

—¿Sabes? —dijo ella finalmente—. Creo que podría escribir un libro entero solo sobre lo que he sentido hoy. No sobre lo que he visto, sino sobre lo que he sentido.

—Eso es lo más importante —respondí—. La historia de esta ciudad no está solo en sus piedras. Está en su gente, en su desorden, en el rastro de sus aromas y en los silencios que a veces surgen entre los gritos de los vendedores. Si logras captar eso, habrás entendido su esencia.

Nos quedamos un rato más en silencio, observando cómo la vida continuaba su curso imparable a nuestro alrededor. Cada mirada y cada sonido era una lección más sobre esta capital que, pese a su inmensidad, sabía hacer sentir a quien la recorría que estaba en un lugar único en el mundo.

Bien, Marc, son las cinco y media. ¿Aún nos queda algún sitio por descubrir? —preguntó Hellen, con esa mezcla de curiosidad y agotamiento que deja un día entero recorriendo Delhi.

—Desde luego —respondí—. Estamos cerca de uno de los centros espirituales más importantes de la religión sij, y te aseguro que merece la pena la visita.

—Perfecto —dijo ella—. Todo lo que hemos visto hasta ahora ha colmado mis expectativas.

Guié a Hellen por las avenidas hasta que se alzó frente a nosotros la imponente cúpula dorada de Bangla Sahib. El sol de la tarde la hacía brillar como si el templo mismo fuera un faro de bienvenida. Entre los edificios modernos de la Nueva Delhi, se erguía como un oasis de serenidad, recordando a los transeúntes que, tras sus muros, el tiempo seguía un curso distinto.

Al atravesar las puertas, Hellen enmudeció. El patio de mármol blanco se extendía inmenso y pulido, irradiando una calma extraña que lograba amortiguar el ruido lejano de la ciudad. Mientras caminábamos, le expliqué que aquel lugar había sido originalmente el palacio del rajá Jai Singh en el siglo XVII, y que la historia se respiraba en cada una de sus piedras.

—La fe sij —le dije— nació con el Gurú Nanak, un hombre que predicó sin descanso contra la injusticia, la hipocresía y el sistema de castas. Aquí todo es servicio y humildad. No hay jerarquías, solo devoción.

Hellen asintió, absorbiendo la atmósfera de respeto que lo impregnaba todo. Antes de avanzar más allá del umbral, nos dirigimos a la zona de los visitantes para cumplir con el ritual obligatorio.

—Debemos descalzarnos —le indiqué—, y es imprescindible que nos cubramos la cabeza. En la religión sij, ocultar el cabello es una señal de máximo respeto y humildad ante lo divino; nadie, sea fiel o extranjero, puede entrar con la cabeza descubierta.

Hellen tomó un pañuelo de un naranja vibrante y, con manos cuidadosas, lo anudó sobre su pelo, asegurándose de que no quedara ningún mechón a la vista. Yo hice lo mismo. Al vernos así, descalzos sobre el mármol frío y con las cabezas cubiertas de ese color fuego, la sensación de haber dejado atrás el mundo profano se hizo absoluta.

Juntos, caminamos hacia el Sarovar, el gran estanque sagrado cuyas aguas reflejaban el cielo del atardecer. Observamos a los fieles sumergir sus manos con un gesto que parecía borrar cualquier preocupación mundana. Le conté entonces la leyenda de la epidemia de cólera y cómo el octavo Gurú, siendo apenas un niño, repartió agua de este pozo para sanar a los enfermos.

Hellen me escuchaba en silencio, absorta, mientras contemplaba cómo las ondas en el agua deshacían por un momento el reflejo de la cúpula de oro.

El aroma del langar, la cocina comunitaria, nos alcanzó poco después: el olor reconfortante de las lentejas, el arroz y el pan recién horneado. Le expliqué que allí se servía comida gratuita a miles de personas cada día, sin importar su religión o clase social. Observé cómo los voluntarios se movían con una energía disciplinada, los más jóvenes con sus turbantes azules y los ancianos con una blancura austera y digna.

—Son tan distintos… —murmuró Hellen, observando la escena—. No es solo la fe. Es como si cada gesto, cada paso que dan, tuviera un propósito mucho más profundo que el simple hecho de existir.

Asentí mientras observaba a los Nihang, los guerreros de túnicas azules y turbantes imponentes que custodian el recinto. Portaban sus armas con una dignidad natural, sin sombra de arrogancia. Eran los herederos de la Khalsa, santos-soldados cuyo deber ancestral era defender al débil y mantener la justicia. Hellen los miraba con una mezcla de asombro y admiración silenciosa.

Mientras caminábamos entre los fieles, sentí que la ciudad entera desaparecía: ya no había cláxones, ni regateos, ni prisa. Solo la armonía de un espacio que parecía existir fuera del tiempo. La historia de los sijs —su disciplina, su coraje y su devoción— se manifestaba en cada gesto sereno y en cada mirada de respeto mutuo.

—Marc —susurró Hellen—, esto es otra Delhi. De verdad, cada templo o palacio es como una página de un libro; cada vez que pasas una, te ofrece una visión y una emoción totalmente distintas.

Sonreí, porque tenía toda la razón.

Nos adentramos en el corazón del templo: la sala donde reside el Gurú Granth Sahib. Allí, bajo un dosel bordado en seda y oro, reposaba el libro sagrado, que para ellos es un gurú vivo. Hellen guardó silencio, dejando que el murmullo de las oraciones —el *Kirtan*— fuera la única música necesaria. Nos sentamos en el suelo, siguiendo la costumbre, y dejamos que el ritmo de los cánticos nos envolviera.

—Escucha —le susurré—. No son solo rezos; es un diálogo con la vida misma. Esa melodía enseña paciencia.

Hellen asintió con los ojos brillantes. A nuestro alrededor, los fieles se inclinaban y ofrecían flores en un gesto simple y profundo. Al salir de la sala principal, nos dirigimos hacia el langar, la inmensa cocina comunitaria. El aroma a lentejas especiadas (*dal*), arroz y pan caliente invadía el aire. Los voluntarios, con sus delantales blancos, movían ollas colosales y repartían comida con una eficiencia asombrosa.

Hellen observaba fascinada:

—Todo esto… ¿realmente lo dan a todos, sin distinción de quiénes son?

—Así es —respondí—. Aquí no importa tu origen, tu fe ni tu cuenta bancaria. Comer juntos es el acto máximo de igualdad. Es el espíritu sij en acción.

Nos sentamos en una de las hileras sobre el suelo alfombrado del gran comedor. Nos sirvieron una ración sencilla pero reconfortante: lentejas, un poco de verdura y un *chapati* recién salido del fuego. La simplicidad de la comida encajaba perfectamente con la solemnidad del lugar. Hellen probó un bocado y cerró los ojos, saboreando el calor del plato y la sensación de participar en algo mucho más grande que nosotros.

—Nunca había probado algo tan sencillo y, al mismo tiempo, tan completo —dijo finalmente, con una sonrisa de paz.

Nadie nos miraba con curiosidad; éramos invitados aceptados en la rutina del templo. Comprendí que el verdadero poder de Bangla Sahib no estaba en su cúpula dorada, sino en cómo transformaba lo cotidiano —comer, servir, escuchar— en un acto sagrado.

Cuando nos levantamos para marcharnos, Hellen suspiró y apoyó una mano en mi brazo:

—Marc, me ha encantado esta visita —dijo ella con los ojos todavía brillantes—. Me he quedado asombrada… por el templo, por los cantos y por esa unidad que se percibe incluso al compartir la comida. De verdad, como te he dicho antes, estoy sintiendo demasiadas emociones distintas al mismo tiempo.

—Ahora puedes entender por qué he regresado tantas veces a este país —le respondí—. Y créeme, Hellen, aún te queda mucho por descubrir. Delhi es solo el prólogo del viaje.

—Empiezo a entenderlo, Marc —asintió, esbozando una sonrisa cansada pero satisfecha.

—Aunque te diré algo —añadí mientras caminábamos hacia la salida—: no todo el que visita la India la percibe así. Hay quien solo ve el polvo y el caos.

—En eso te doy la razón —respondió ella, reflexiva—. Creo que depende de la mirada de cada uno y de cómo estés dispuesto a abrirte a la experiencia.

Sonreí ante su sinceridad. Salimos del Gurdwara mientras el sol caía pesadamente en el horizonte, haciendo que la cúpula dorada pareciera arder con los últimos rayos de la tarde. Con pasos lentos, nos dirigimos hacia el coche con el cansancio acumulado en cada músculo. La ciudad nos había entregado hoy su caos, su espiritualidad y su historia; ahora nuestras mentes necesitaban espacio para digerirlo todo.

—Marc, no sé si seré capaz de escribir todo esto… —confesó Hellen mientras nos acercábamos al vehículo. Su voz sonaba agotada, pero iluminada por la fascinación—. Las emociones, los colores, los sonidos… Tal vez mañana, de madrugada, pueda plasmar algo, pero me pregunto si lograré transmitir realmente lo que he sentido.

No te preocupes —le tranquilicé—. Son demasiados impactos en muy poco tiempo. Deja que reposen; poco a poco los irás asimilando. De todos modos, mañana partimos hacia Agra, pero antes quiero llevarte a los templos de Akshardham. Es un complejo místico donde el hinduismo y el jainismo se abrazan en la piedra; un lugar que te va a sorprender por cómo la espiritualidad y la belleza más terrenal conviven en armonía.

Seguro —asintió Hellen, dejándose caer en el asiento del coche y cerrando los ojos—. Confío en ti.

—No te queda otra —bromeé yo.

Ambos reímos, compartiendo esa ligereza que solo da el alivio tras una jornada intensa. Al llegar al hotel, el aire acondicionado y la calma del vestíbulo nos recibieron como un bálsamo, marcando el final de nuestra primera gran inmersión en la capital.

Me giré hacia ella mientras esperábamos el ascensor:

—¿Quedamos para cenar o prefieres pedir algo a la habitación y descansar?

—No, prefiero cenar contigo —contestó sin dudarlo.

—Perfecto. Entonces, a las nueve en la recepción.

Subimos a nuestras habitaciones, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Abrí las ventanas de la mía con cuidado, dejando que la brisa cálida de Delhi entrara y se mezclara con el aroma tenue a incienso que todavía flotaba en mi memoria. Afuera, la ciudad seguía su ritmo febril, indiferente a nuestro cansancio, pero nosotros ya habíamos atrapado su esencia, al menos por unas horas.

Tras una ducha reparadora, bajé al vestíbulo. Al poco tiempo apareció Hellen; sus ojos mantenían ese brillo fatigado, una mezcla de agotamiento físico y plenitud espiritual. —¿Dónde prefieres cenar? ¿Aquí en el hotel o buscamos algo fuera? —pregunté—¿Tú qué prefieres? —respondió ella, apoyando la mano en el respaldo de una silla frente a los grandes ventanales del hall.

—Mejor fuera —dije, observando cómo el atardecer teñía de un naranja sucio los edificios cercanos—. Conozco un sitio tranquilo cerca de aquí.

Se dejó caer en la silla, exhalando un suspiro largo, como si soltara una carga que no pertenecía a ese día.

—Estoy agotada —confesó al fin—, pero este cansancio no me preocupa. Me compensa con creces todo lo que he vivido hoy.

—¿Y qué es lo que te preocupa entonces? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia ella, detectando una sombra en su gesto.

Hellen me miró, evaluando en silencio si debía confiar lo suficiente como para abrir su corazón. Finalmente, tomó aire.

—Te lo voy a contar porque me pareces una buena persona y siento que necesito desahogarme... Al llegar a la habitación, llamé a mis padres. Estaban muy molestos conmigo. George —pronunció el nombre con un hilo de voz— fue a verlos y les contó una sarta de mentiras. Les dijo que yo no había entendido que su trabajo le impedía viajar en estas fechas, que me había marchado por un capricho.

—¿Mentiras? —pregunté, notando cómo sus dedos se crispaban sobre el bolso.

—Todo es falso. El viaje estaba planeado desde hacía meses, como te dije, y si le hubiera molestado la fecha, podríamos haberla cambiado. Mi madre estaba muy disgustada, pero no porque se opusieran a que viniera a la India, sino porque no querían que lo hiciera sola. Les expliqué que no lo estaba; les hablé de ti, que viajaba con un periodista que había conocido al llegar a Delhi, que compartíamos los gastos del coche y que no tenían de qué preocuparse. Les aclaré que no había nada más que una relación profesional. Eso los tranquilizó...

Hizo una pausa y bajó la mirada, como si reviviera el momento.

—Pero después, mientras me duchaba, volvió a sonar el teléfono. Era él. No le llamé, pero George es insistente. Al contestar, empezó a reclamarme a gritos, diciendo que ya había hablado con mis padres y que ahora entendía por qué me había ido sola: para "irme con otro".

Sacudió la cabeza, tratando de expulsar la ira contenida.

—Y tú... —pregunté suavemente, midiendo mis palabras.

—Le dije lo que tenía que decirle —contestó con una firmeza que me sorprendió—. Que no le debo explicaciones, que puede inventar lo que quiera, pero que después de lo que le comentó a mi madre, ya no le pasaría ni una más. Que lo nuestro terminó en el momento en que decidí subirme a ese avión y que no quiero saber nada más de él. Y le colgué.

Hubo un instante de silencio entre nosotros. La ciudad rugía fuera, pero en aquel rincón del hotel el tiempo pareció detenerse, respetando la vulnerabilidad de Hellen. Poco a poco, la tensión de sus hombros comenzó a ceder. Me miró a los ojos, respirando hondo, como si acabara de soltar un lastre invisible en mitad del océano.

—Gracias por escucharme, Marc. Necesitaba decirlo en voz alta, sentir que alguien comprendía lo absurdo de todo esto.

—No hay de qué —respondí con sinceridad—. A veces, soltar lo que nos oprime es más necesario que cualquier explicación lógica. Y más cuando estás a miles de kilómetros de casa, en un país que ya te ofrece suficientes emociones como para cargar con las de otros.

Hellen asintió mientras apartaba un mechón de cabello de su rostro. El alivio era ahora una presencia física en ella.

—¿Cenamos entonces? —pregunté, intentando devolver la normalidad al momento.

—Sí, vamos —respondió ella con una sonrisa relajada—. Y quiero disfrutarlo contigo, sin prisas ni dramas. Solo nosotros, Delhi y este viaje.

Caminamos hacia un pequeño restaurante cercano que había seleccionado por su ambiente acogedor. La calle lucía el brillo de los adoquines mojados por una lluvia reciente, y el aroma a especias y pan horneado nos servía de preludio. Nos sentamos junto a la ventana y pedimos un menú ligero: sopa de lentejas al comino, ensalada fresca de pepino con cilantro y verduras al vapor con especias suaves. Compartimos también un par de chapatis y, para cerrar, un kheer de arroz con leche y cardamomo, delicadamente dulce.

Mientras probábamos los platos, el silencio se llenó de comentarios sobre la jornada: los templos, los mercados y esa vida indomable que late en cada calle. Hellen saboreaba cada bocado como si fuera un descubrimiento. Por un momento, las tensiones del día se disolvieron en la noche tibia de Delhi y en la compañía cómplice de dos viajeros compartiendo su asombro.

—Mañana —dije levantando mi vaso—, Agra nos espera. Pero hoy, dejemos que Delhi nos abrace un poco más.

Hellen brindó conmigo y en ese gesto sencillo sentí la promesa de que nadie iba a empañar lo que habíamos construido ese día. Regresamos al hotel caminando despacio. El aire nocturno era fresco y el murmullo de la ciudad llegaba amortiguado. Hellen caminó a mi lado y, por un instante, apoyó suavemente la cabeza en mi hombro.

—Estoy agotada —murmuró—, pero es un cansancio que me gusta sentir.

—A mí también —respondí—. Un día así no se olvida.

Nos despedimos en la recepción con un gesto instintivo y subimos a nuestras habitaciones. Al cerrar la puerta, dejé que la penumbra me envolviera. Aunque intenté revisar las tarjetas de memoria y cargar las baterías de las cámaras, el cuerpo no me dio tregua. Caí en la cama como un bloque de piedra y dormí de un tirón hasta que el sol empezó a filtrarse por la ventana a las siete de la mañana.

El tiempo apremiaba: a las nueve nos esperaba Ramesh y todavía debía ducharme, cerrar la maleta y bajar a desayunar.

Al llegar al salón, Hellen ya estaba allí, sentada frente a un café humeante; la luz matutina iluminaba su rostro, todavía algo cansada pero profundamente serena. Sonreí al verla.

—¿Qué tal has dormido? —pregunté, ocupando el asiento frente a ella.

—Como un tronco —respondió con una media sonrisa—. Estaba tan agotada que caí como un plomo. Me desperté a las seis, lo dejé todo preparado y estoy lista para continuar. Y lo más importante —añadió, con un brillo renovado en la mirada—: me siento limpia de las mentiras de ese tóxico.

Su alivio era palpable. Comprendí que el descanso no solo había renovado su cuerpo, sino que había terminado de sellar la ruptura con su pasado en Londres. Desayunamos con calma mientras el aroma del *masala chai* llenaba la sala, sintiendo que el día nacía con la misma promesa de aventura que el primero.

Ramesh, puntual como un reloj sagrado, nos esperaba frente a la puerta. Cargamos las maletas y, antes de subir, le hice una indicación:

—Ramesh, antes de tomar la carretera hacia Agra, haremos una última parada en Delhi. Vamos a Akshardham.

Hellen me miró con curiosidad mientras el coche se ponía en marcha.

—¿Es una población cercana, Marc?

—No, es el complejo de templos que te comenté ayer.

Durante el trayecto, ella apoyó la frente en la ventanilla, observando cómo la ciudad se desperezaba entre la bruma matinal.

—¿Y qué significa Akshardham? —preguntó.

—«La morada divina de Dios» —hice una pausa para dejarla saborear el nombre—. Y créeme: lo que vas a ver le hace justicia.

Cuando llegamos y el perfil del templo de piedra rosada se recortó contra el cielo, Hellen se detuvo en seco.

—Marc… ¿pero esto es real?

—Lo es. Este complejo de templos se inauguró en 2005. La entrada es gratuita, pero exige algo más valioso que el dinero: desapego. Nada de cámaras, teléfonos ni relojes. Entramos solo con nosotros mismos… y descalzos. Es mejor que dejes todo en el coche.

—Ah, pues es relativamente nuevo —comentó Hellen.

El silencio que envolvía el recinto contrastaba con la multitud que avanzaba en una procesión lenta y respetuosa.

—Parece otro mundo —susurró ella al sentir el mármol bajo sus pies.

—Lo es —respondí mientras nos acercábamos al templo central—. Allí dentro reside la imagen de Bhagwan Swaminarayan, el corazón de todo este esfuerzo humano.

Entramos. Una luz dorada descendía desde las cúpulas talladas, como si el sol se hubiera filtrado a través de encaje de piedra.

—Mira —le señalé en voz baja—, el interior se divide en nueve *mandapams*. Observa los elefantes de la base: simbolizan la estabilidad. Los leones, la fuerza del espíritu. Y aquellas criaturas híbridas de allá arriba son los *vyal*: representan la velocidad y la vigilancia. Quien busca la verdad debe avanzar rápido, pero sin perder la atención.

Hellen recorría cada columna, cada relieve de deidades y flores, como quien intenta descifrar un idioma sagrado olvidado. Al salir de la sala principal, alcanzamos los pórticos exteriores, donde la brisa del río Yamuna parecía acariciar las piedras talladas.

—Estos diez pórticos representan las direcciones del cosmos —le expliqué mientras avanzábamos—. Este es el Pórtico de la Devoción. Sus más de doscientas figuras celebran el amor dual hacia lo divino.

Hellen rozó la piedra tallada con la yema de los dedos, con una delicadeza casi reverencial.

—Es como caminar por el interior de un poema —susurró.

—Exacto —asentí—. Y allí, fíjate: las carrozas del Sol y la Luna con sus servidores. Y esas esculturas más pequeñas representan a los niños héroes de la India. Pureza y valor en estado puro.

El recorrido nos ocupó casi toda la mañana; Hellen parecía haber olvidado el cansancio, absorta en la filigrana infinita de la piedra.

—Hay un pequeño restaurante —le indiqué señalando una zona de servicio—. Es comida india muy sencilla, sin pretensiones. Hasta eso invita aquí a la templanza. Este lugar está concebido para que los fieles pasen el día entero; ya te dije que tiene algo de "parque temático", pero de la espiritualidad.

Le expliqué que era una lástima no poder quedarnos hasta el anochecer, cuando la iluminación transforma el complejo y la piedra parece cobrar vida, dejando de ser materia para convertirse en una plegaria de luz.

—Lo único que falta —bromeé para romper un poco la solemnidad— es que aparezcan tipos disfrazados de dioses al estilo de Disneylandia, como si fueran Mickey y compañía.

Los dos reímos, compartiendo esa mirada cómplice sobre las contradicciones del lugar.

—La verdad —añadí en un tono más serio— es que hay que visitarlo por la belleza de sus templos. Toda la parafernalia comercial que lo rodea sobra. Al final, buscan que el visitante coma, compre y consuma, como en cualquier otro sitio.

Ya instalados en el coche, rumbo a Agra, observábamos por la luneta trasera cómo el complejo se desvanecía en el horizonte. Con él se despedía Delhi: la Nueva y la Vieja, el escenario de nuestra primera etapa.

Para Hellen, este era el primer contacto real con la conducción india fuera del entorno urbano. En Delhi había visto el caos de los semáforos y los *rickshaws*, pero nada la había preparado para la anarquía de la carretera abierta. Me miraba entre sorprendida y con un punto de temor genuino cada vez que Ramesh esquivaba un obstáculo invisible.

—Hellen —le dije mientras la carretera se abría ante nosotros—, ahora vas a empezar a vivir otra India. Si Delhi ya te ha dejado sin aliento, lo que viene a partir de aquí… eso sí que se te va a quedar grabado en las pupilas para siempre.

Ella me miró con una mezcla de emoción y alerta, aferrada al asidero de la puerta mientras el coche ganaba velocidad.

—¿Tan diferente es? —preguntó.

—Muchísimo. Mira, esto que ves es lo más parecido a una autopista que encontrarás aquí. En teoría, los triciclos y las motos tienen prohibido el acceso… pero la circulación sigue siendo una especie de danza totalmente imprevisible.

Hellen alzó una ceja justo cuando un camión pintado de colores estridentes apareció ocupando medio carril… y un buen trozo del nuestro.

—¿Pero cómo es posible que pasen tan cerca? —murmuró, encogiéndose de hombros.

—Porque no existe eso que tú llamarías «distancia de seguridad». Aquí se apartan apenas un par de metros antes del cruce, como si lo hubieran calculado con un compás invisible. Y donde tú ves dos carriles, ellos ven tres. O cuatro. Depende de la prisa que tengan.

Me lanzó una mirada entre el asombro y la carcajada nerviosa.

—¿Estás de broma, ¿verdad?

—Ojalá —respondí sonriendo—. Pero, de algún modo, funciona. Lo que para nosotros es un caos absoluto, para ellos es un orden natural.

El coche siguió avanzando y el aire cambió gradualmente: se volvió más tibio, más denso, perfumado por el polvo del camino, las flores y las especias que emanaban de los puestos improvisados a la orilla del asfalto. Hellen bajó un poco la ventanilla y aspiró con fuerza, dejando que el viento le alborotara el cabello.

—Ya estamos fuera —dije señalando hacia el horizonte—. Mira allí.

Apunté con el dedo hacia unos poblados que empezaban a recortarse en la distancia, pequeñas manchas de adobe y colores vibrantes desperdigadas entre los campos de cultivo.

—Aquí empieza la India rural —le expliqué mientras el coche sorteaba los baches de una carretera cada vez más irregular—. Si te fijas, apenas verás hombres trabajando en el campo. Suelen estar en esos locales al borde del camino, bebiendo té o jugando a las cartas... Esas camisas blancas que asoman bajo la sombra de los chamizos son la única prueba de su presencia.

Hellen observaba en silencio, con el ceño ligeramente fruncido, procesando la imagen.

—¿Y ellas? —preguntó al cruzarnos con un grupo de mujeres que guiaban bueyes cargados de forraje.

—Ellas lo sostienen todo —respondí con un tono de respeto casi inevitable—. Los hijos, el hogar, el ganado, el agua... Mira a esa mujer: camina hacia el pozo con el cántaro en equilibrio sobre la cabeza. Y esas dos niñas que la siguen también llevan agua. Los niños, en cambio, corren libres junto al camino, sin más preocupación que el polvo bajo sus pies.

Hellen apoyó la mano en mi brazo, un gesto que ya empezaba a resultarme familiar.

—Parece una película… pero una real, sin decorados.

—Porque lo es. La India rural no se esconde; te lo muestra todo a cámara lenta, aunque el coche vaya rápido.

Guardó silencio durante unos segundos, viendo cómo las escenas se sucedían como las páginas de un libro que se abre sin pedir permiso.

—Marc… —susurró—. La desigualdad de la mujer existe en todo el mundo, pero aquí la percibo mucho más cruda, más física.

—No solo aquí —le respondí—. En muchos países de Asia y en gran parte del mundo islámico, el patriarcado está igual de arraigado. Aquí lo ves sin filtros, en la crudeza de la vida diaria, pero la raíz es la misma.

Señalé hacia el exterior, donde una mujer caminaba encorvada bajo un fardo de leña que triplicaba su tamaño.

—Fíjate —continué—, la intensidad de esa brecha la marcan las condiciones de vida. A más pobreza, más desigualdad. Aquí aún no hay agua corriente en muchas aldeas y son ellas las que deben ir al río a lavar o a buscarla cada día. Parece una simpleza, pero esa rutina define quién carga con el peso de la familia. Ellas producen, transportan y mantienen todo en pie, pero el control del dinero sigue perteneciendo al marido. En los países desarrollados, la mujer avanza porque puede valerse por sí misma económicamente. Aquí, la miseria es una cadena.

Hellen no apartaba la mirada de la ventanilla.

—Sí… —dijo ella al fin, con la voz apenas audible—. Tienes razón. Es exactamente así.

El coche siguió avanzando entre aldeas dispersas y campos que exponían vidas sin artificio.

—Por eso siempre viajo con chófer —añadí para romper la densidad del momento—. En avión llegas rápido, pero te pierdes el alma del país. En autobús ves algo, pero no tienes esta intimidad con el paisaje. Aquí no hay atajos para la verdad.

Ella me miró y esbozó una sonrisa algo más ligera, aunque todavía nerviosa.

—Aunque reconozco que me aterroriza cómo se conduce aquí. Me parece un milagro que sigamos vivos.

Reí suavemente, contagiado por su franqueza.

—Ya te acostumbrarás. Conducir en la India es solo para quienes entienden su lógica oculta dentro del caos.

—Yo no me atrevería a conducir ni un metro —admitió ella, relajando por fin la tensión de los hombros.